

4
U
M
E
L
E
L

El Ruedo



JAAVEDRA

2
Pias



J. BAENA

El derribo de la becerria, por J. Baena

LA CORRIDA DE LA BENEFICENCIA



Armillita en el momento de dar la alternativa a Farrita



Domingo Ortega en una coñida manoleteña a su primero



Manolete toreando de capa a la verónica en un quite



Ortega en la faena de muleta al toro del que cortó las orejas

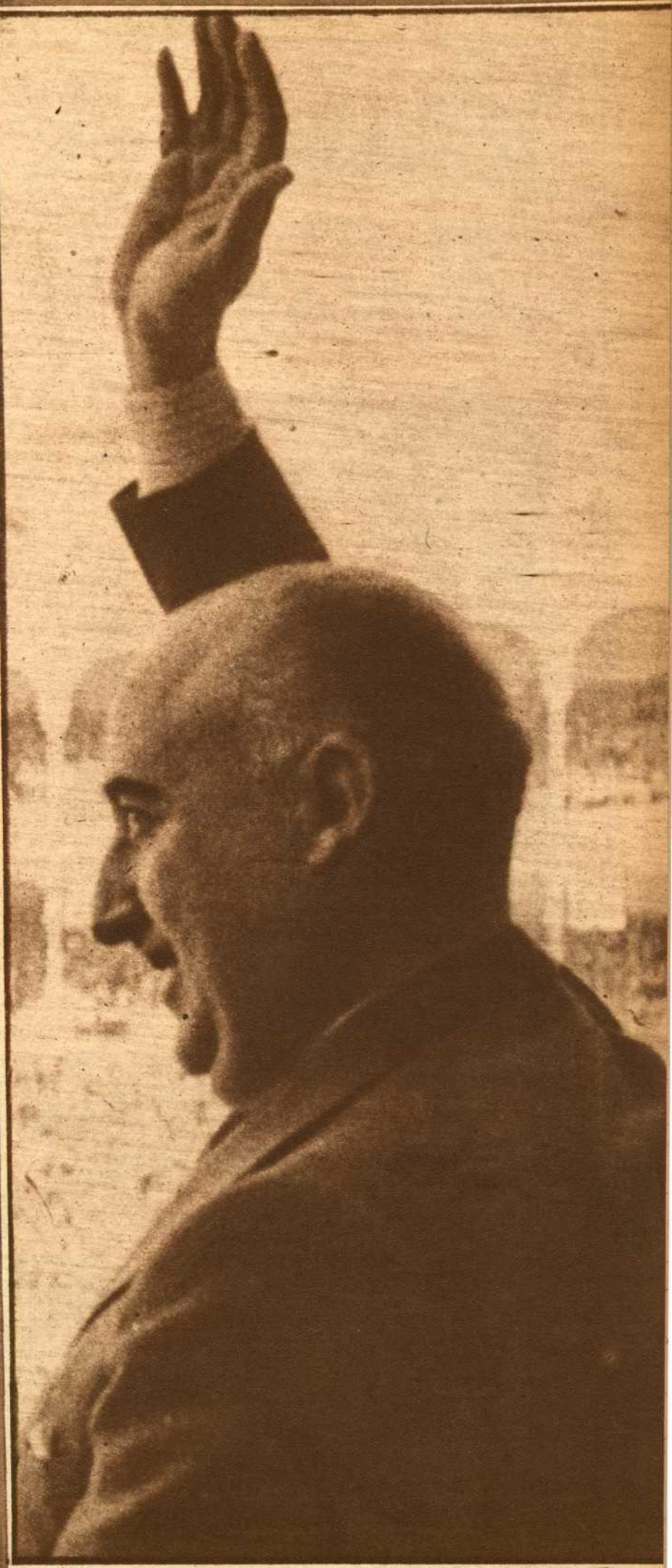


Farrita iniciando un pase en el toro de su alternativa



El mexicano Armillita doblando por bajo a su primer toro

Los cuatro matadores que tomaron parte en la corrida, antes de hacer el paseillo. De izquierda a derecha: Farrita, Manolete, Ortega y Armillita (Fots. Baldomero)



EL CAUDILLO

Realizó con su asistencia un gran espectáculo taurino

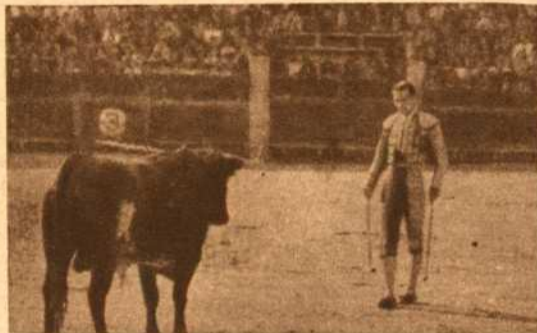
En la foto, S. E. el Jefe del Estado, correspondiendo a las delirantes aclamaciones del público (Fot. CONTRERAS)

ARRUZA TOREA PARA ÉL EN LA PLAZA DE TOROS DE TOLEDO

MADRID ha ido hoy a Toledo para ver juntos a Manolete y Arruza. Por las calles empinadas de esa ciudad hecha en oro no se puede transitar. Las dos Castillas se han dado cita en un Toledo luminoso, que descubre el mejor arte de España al turismo. La bandera en los bordes de los balcones, como lucida flor de un Corpus Christi.

Carlos Arruza, al descubierto de un cuarto de hotel provinciano en fiestas, recibe infinidad de felicitaciones por lo que hizo ayer y el día anterior. La guitarra, silenciosa en una silla, sin el sonido de intimidad de otras veces. Carlos, al fin, queda solo con su madre y con su Virgen.

Colas en los restaurantes, en espera de un tur-



Arruza citando muy en corto para un gran par



Arruza iniciando un magistral pase con la izquierda

no para poder comer. A las cinco de la tarde terminamos nuestro almuerzo.

La Plaza de Toros de Toledo es insuficiente para dar cabida a la multitud que invade todas las calles.

Ese coloso pálido, de eterna sonrisa, que se llama Carlos Arruza, ha invadido el coso toledano en esencias de un arte de alucinado. La genialidad de su improvisación cambia las normas del toreo. Ambiciosamente ocupa el terreno del toro para apretarse con él y eliminarle de allí. Coge el pelo por la mitad para cruzar la pierna entre el trapo rojo y la cabeza de la bestia. Paso a paso, desgredado el pelo, de creador el semblante, provoca la embestida para tirar del toro, haciéndolo todo la muñeca, y encorvándose en un círculo peligroso. Veintinueve naturales con la izquierda ha dado entre los dos toros esta tarde. En la naturalidad del pase, la naturalidad indiferente de todo un modo de ser. Y como el escritor escribe en un momento de inspiración, el pintor pinta y el músico compone, así ha toreado hoy en Toledo Carlos Arruza. Estatuarios por alto, sin salida y saliendo, y así hasta doce veces. Molinetes agados hasta tres veces en una sola pasada, con las dos rodillas en tierra. Otros molinetes frenéticos, deirantes, que provocan locura. Pases mirando al tendido, y la arrancada del toro por la espalda, despreciando la vida. Todo sin brusquedad, con sonrisa de enamorado. Los de pecho, de cabeza a rabo, lentos, majestuosos, como templando el aire de Castilla. Las arrucinas, con el cuerpo al descubierto. Nuestro angustiado entusiasmo llega a un frenesí delirante. Las arrucinas de Arruza son el testimonio de la presencia en los ruedos de un anarquista del toreo. Dos estocadas mirando a Nicanor Villalta, antes de arrancarse en corto y por derecho. Total, cuatro orejas, dos rabos y una pata, concedidos por la cátedra de Madrid, que se ha desplazado a Toledo en su totalidad. La primera faena se la ha brindado al público. Antes de iniciar la segunda, se vino hacia nuestras barreras para brindársela al director-gerente de la Casa "Solriza", en honor al Masaje KA-MEL, ídolo de ídolos. Bajo mis cuartillas, el capote verde del paseo marchoso, verde como el Masaje KA-MEL, y como el campo y el pino, y como el arte, lleno de esperanzas, del más grande lidiador de todos los tiempos.

Con las banderillas, ha preparado esas dos inmensas faenas, inmortalizando su poderío en el arte. José. Lito. dice la gente.

El desplante del mejicano, en cómoda postura sobre el testuz del toro, daña la vista y los sentidos. Pero fué verdad, no cabe duda, porque lo vi yo, y diez mil espectadores.

Al regreso, la caravana se hace lenta cuando la carretera se cubre en coches.

El sol se pone en Castilla, en nostalgias de una tarde de toros memorable. ¡Bonito es el espectáculo!

Madrid ya sabe de la hazaña. Y es que Arruza ha toreado para él en la Plaza de Toros de Toledo.

José Martín VILLAPECELLIN

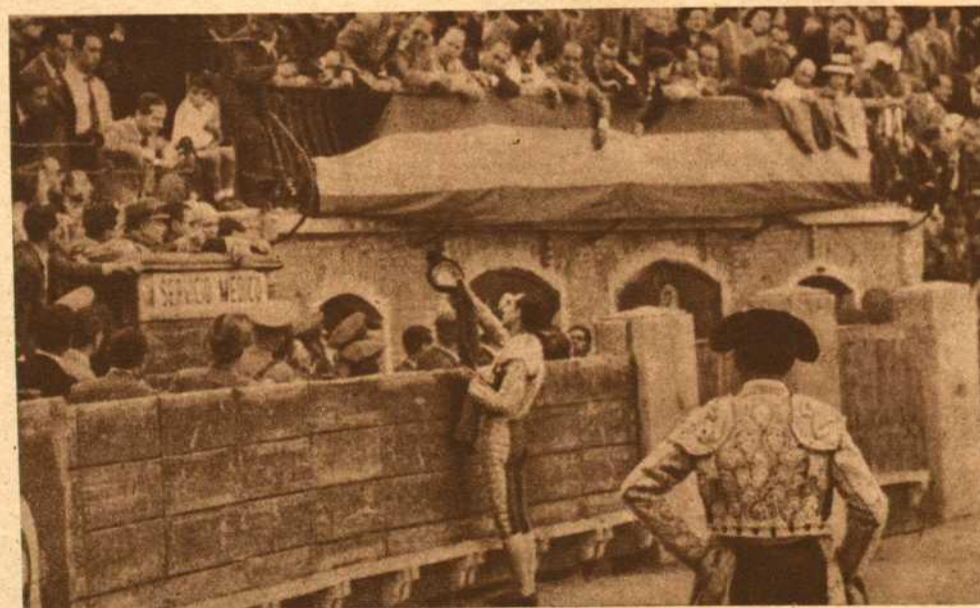
(Publicado en "El Mundo Deportivo", de Barcelona, el 1 de junio.)



Carlos liándose el toro a la cintura



Arruza volcándose en la suprema suerte



Carlos Arruza brinda la muerte del quinto todo al director-gerente de la Casa "Solriza"

La peor navaja realiza un afeitado perfecto en la peor barba usando

Masaje KA-MEL

(ETIQUETA VERDE)

En las peores condiciones, con una navaja sin suavizar o una hoja dejada por inservible, observará con asombro cómo el afeitado resulta perfecto y sin molestias.

Masaje **KA-MEL**

revolucionaria la técnica del afeitado como Arruza revolucionaria el arte del toreo.



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -- Madrid, 6 de junio de 1945 -- Núm. 52

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



HE aquí una semana con dramático balance. Dos matadores de toros y dos novilleros rindieron tributo de sangre a la fiesta nacional. Me parece una advertencia a esos espectadores que gritan: «¡Ahí va la mona; pero si a eso lo toreó yo!»

Pues baje, baje usted al albero, señor, y toree ese novillito terciado, bravo y sin malicia de los señores hijos de Fraile, que prendió, sin saber cómo —esto nunca se sabe—, al valiente mejicano Jesús Guerra, en la Plaza de las Ventas; o a aquel otro de Belmonte que cogió al modesto Chaparreja, en la

Maestranza sevillana; o al toro de doña Juliana Calvo, con peso de novillo adelantado, que truncó para tiempo las legítimas esperanzas del recién doctorado Parrita, en Granada; o al otro toro de Belmonte que en Cádiz derribó la maestría de Luis Miguel Dominguín...

Poner los ojos para protestar airados en Manolete, en Arruza o en Ortega, porque cobran muchísimo dinero y exigen e imponen, según propagandas de distintas procedencias más o menos interesadas, y porque no toorean toros, sino becerros, es estar vueltos de espaldas a esta trágica realidad de las cogidas, con olvido intolerable de las víctimas de una diversión que lleva en su entraña tan tremendo peligro.

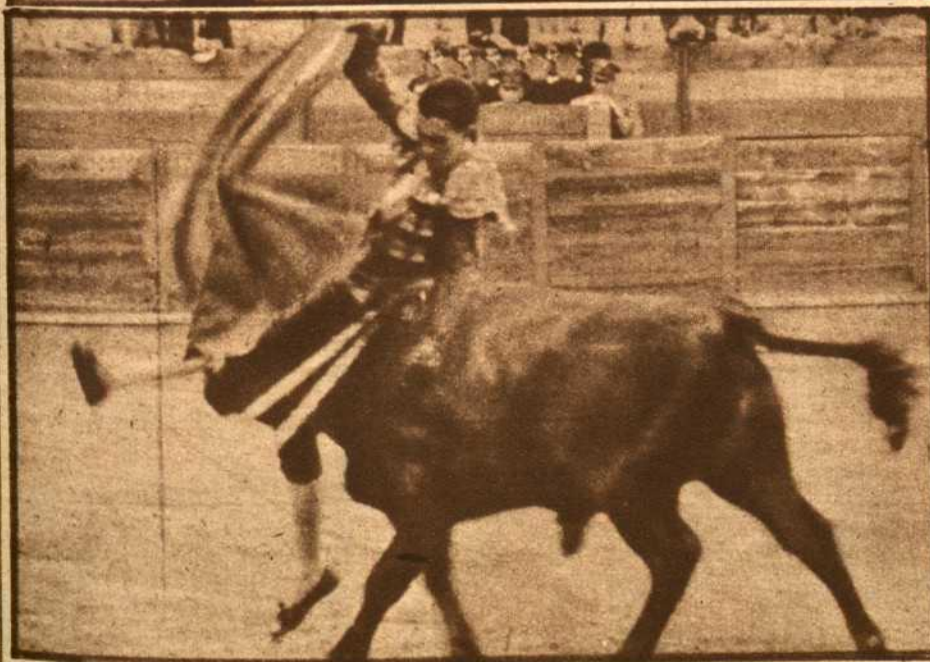
El que en una semana, mejor en un par de días —jueves y viernes—, se haya abierto un paréntesis tan doloroso en la peculiar alegría de la fiesta, debería ser suficiente, si no sobrado, para que los sempiternos protestantes se dieran cuenta de la terrible capacidad ofensiva de los astados y aminoraran su violencia.

La campaña contra el toro chico, el toro joven, el toro afeitado, el toro inválido, etc., está muy bien. Críticos y público tienen la obligación de velar por que se sostenga este primer elemento de la fiesta en toda su gallarda fiera y en toda su aparatosa presentación. Pero nadie debe, en momentos críticos en los que un hombre se encuentra ante un toro, aunque sea pequeño o parezca inválido, tomar actitudes que pueden precipitar la tragedia siempre latente en la fiesta de los toros.

Resulta demasiado fácil, para quienes vemos los toros desde la barrera, criticar un arte tan peligroso. «Nadie les manda ser toreros», se dice como plena justificación de la protesta. Y es cierto casi en absoluto. Pero a ninguno le puede llegar el desengaño por tales advertencias del público. Todos creen, y esta fe los mueve a la arriesgada empresa, que pueden ser figuras, y todos lo intentan con los recursos de que disponen.

Entre tanto lo consiguen o no lo consiguen, ellos sostienen el fuego sagrado. Sin su heroica resolución no habría fiesta. Las grandes figuras, que tan de tarde en tarde se producen, son la consecuencia de los innumerables derrotados en el intento, y ellas solas hubieran sido incapaces de sostenerla. Si sólo hubiesen toreado los diestros perdurables en la historia y en el recuerdo, la fiesta, sin continuidad posible, ni siquiera existiría.

Ya me doy cuenta de que para recoger los cuatro dramas sangrientos acaecidos en un par de días —dentro de una semana llena por otra parte de triunfos apoteósicos para otros diestros, con sus correspondientes beneficios económicos—, me ha salido un pregón «torerista», pero no me arrepiento. Mientras Jesús Guerra, Parrita, Luis Miguel Dominguín y Chaparreja derramaron su sangre, millares de personas hallaron diversión y empresarios y ganaderos hicieron pingües negocios



LA GRAVE COGIDA DE PARRITA EN GRANADA

Momentos antes de ser cogido el torero madrileño, toreando con la izquierda, y abajo, el momento de ser empujado y lanzado al aire (Fots. Torres Molina)

La corrida del domingo en MADRID



SEIS de Graciliano Pérez Tabernero para CAÑITAS, MORENITO DE TALAVERA y JULIAN MARIN

LA SEMANA EN LAS VENTAS

AUN HAY TOROS BRAVOS

Una novillada y una corrida de toros hemos visto, en la pasada semana, en el ruedo de las Ventas.

En la novillada se lidiaron reses de los Hijos de Fraile, que tienen su vacada en tierras aragonesas. En la corrida, cuatro toros de la ganadería de Graciliano Pérez Tabernero, de antiguo conocida, pero que ha sufrido profundas modificaciones. Puede decirse que ambas divisas hacían su presentación en Madrid, y aunque esto no sea rigurosamente exacto, por lo que se refiere a la segunda de las citadas, si se ha de tener en cuenta que don Graciliano ha refrescado la sangre de sus reses, se ha desprendido de todo lo antiguo que tenía y ha hecho nuevos cruces, bien podemos decir que, efectivamente, las dos ganaderías eran «nuevas en esta plaza».

Y sucedió que los mejores novillos que hasta ahora se han lidiado en la actual temporada en Madrid han sido los de Fraile. Y lo mismo ocurrió con los toros de don Graciliano, hasta ahora los más bravos del año.

Cuente el lector que en Madrid se han lidiado a estas alturas reses de Pablo Romero, de Galache, de Antonio Pérez..., y saque las consecuencias que crea pertinentes.

Observemos en primer lugar que ni los toros de don Graciliano ni los novillos de Fraile fueron toreados por primeras figuras de las respectivas categorías. ¿Quiere esto decir que para mantenerse en sus privilegiados puestos necesitan esas primeras figuras reses a la medida? Creemos que no; pero bueno será que quienes hoy están a la cabeza de los dichos escalafones tengan en cuenta lo sucedido en la última semana en Madrid. Demuestra lo ocurrido que en las ganaderías cortas puede haber, si el ganadero es escrupuloso, un subido porcentaje de reses de excelentes condiciones. De muestra también que en las ganaderías nuevas se cuida y selecciona el ganado con mucho más tiento que en las ya acreditadas. En éstas se ha dado todo por bueno, y todo se vende como ganado de nota; en las primeras, se procura hacer una verdadera selección.

Veamos luego cómo esas reses van a parar a manos de toreros que precisan alcanzar éxitos resonantes para situarse, y vendremos a conocer que estas corridas, si benefician en gran manera a los que las lidian, en el último grado perjudican a los consagrados, que sólo quieren torrear bichos de determinadas divisas.

Durante la pasada semana triunfaron en Madrid Cañitas y Morenito de Talavera, con toros de don Graciliano Pérez Tabernero. El primero, a fuerza de valor; el segundo, por su valor y por su arte. Si continúan así las cosas, ya no supondrá problema insoluble para algunos empresarios que ésta o aquella figura ponga inconvenientes para torrear aquí o allá. Mientras haya toreros que cortan orejas en Madrid podrán combinarse, con cierta libertad de movimientos, carteles en provincias. Y habrá diestros que triunfen en la capital de España siempre que se lidien toros bravos. Reses de estas condiciones hay, y no sólo en las ganaderías que los llamados fenómenos avalan con su preferencia.



Julián Marín en el acto de recibir la alternativa de manos de Cañitas



Morenito de Talavera toreando al natural al toro del que cortó la oreja



Un par de banderillas de Morenito de Talavera a su primero



Cañitas eludiendo al natural, junto a las tablas, al toro del que cortó la oreja



Julián Marín en una manolete del toro de su alternativa



Un ayudado por alto del mejea a su segundo toro



El torero de Talavera, en la faena de muleta de su primero, torea por bajo y en redondo



Morenito es sacado en hombros de la Plaza premio a su gran tarde (Fots. Baldomero)

DESPUES DE LA CORRIDA

CAÑITAS dice: "No conseguí completar todas mis ambiciones". — "Ahora sí que no habrá quien pueda frenarme", fué el gozoso comentario de MORENITO. "Mi lote resultó el deficiente de la corrida", afirmó MARIN



Morenito de Talavera en un pase natural

CAÑITAS

ESTE pundonoroso torero es, entre los nuevos valores mexicanos, uno de los que con mayor facilidad se asimiló a los gustos y costumbres de España. Empezó iniciándose en los encantos del folklore de Andalucía; creyó volver loco viendo bailar matanceros en las casetas de la Feria inmarcesible, y por si fuera poco, una tarde, en la plaza de Antequera, sus ojos negros y pupilados se enaragonaron de enraizarse al viejo solar hispano.

Las últimas semanas estaban a Carlos con un mundo físico y cosmopolita no ha mudado días que acaba de cortarse. Cañitas venía residiendo en un sofisticado hotel, en donde el hombre se sentía descentrado. Y cuando un remedo del hogar le cambió el confortable albergue por la típica pensión madrileña, ver a Cañitas discutiendo con compañeros de hospedaje las vicisitudes de la corrida, en una mesa plática, sazonada de sal y pimienta, creí haberme trasladado al comedor de la casa de la Troya. Las veces intenté en vano susurrar al torero de la efusiva cordialidad de sus nuevos amigos. Y cuando de mi fracaso, me resigné a un elemento pasivo en la simpatía reunión hospederil.

En un momento pudo hacerse oír el torero mexicano para lamentarse que no le hubiera tocado a él el lote de Morenito de Talavera. Dicho astado, por ser hijo de la madre del famoso toro de la plaza, que toreó y mató colosalmente Chicuelo en la plaza Vieja de Madrid, tenía que dar el óptimo resultado precisamente, dije.

Por sus manifestaciones deduje que no estaba contento, y que la gracia que le fué concedida no calmó sus apetencias de triunfar en toda la línea.

—Mientras —añadió— no haga méritos para que me den en hombros, con las orejas de mi enemigo en la mano que nadie espere verme salir complacido de la Plaza de Madrid. Y al cabo me saldré con la mía.



Un desplante de Cañitas durante la faena



El diestro de Talavera dando un pase con la derecha

MORENITO DE TALAVERA

Bien puedo decir que el diestro toledano es un hombre de palabra. Al saludarle en el patio de cuadrillas, pocos momentos antes de empezar la corrida, Emiliano me afirmó su firme decisión de cortar algún apéndice a las ceses de don Alipio.

Y como se lo propuso lo hizo, demostrándonos que lo de su total recuperación es un hecho incontrovertible y que de nuevo habrá que contar con Morenito entre los astados taurinos del momento.

Emiliano de la Casa llegó a la suya en lamentable estado. El frenesí y entusiasmo de los entusiastas, que cargaron en triunfo con él al terminar la corrida, se cobó en el traje de luces del torero. Y a puñados le llevaron los machos, las muletillas y hasta una hombrera completa. De no haber andado listo el mozo de espadas, la montera y las zapatillas hubieran corrido idéntica suerte.

En el domicilio del héroe de la jornada, los amigos y admiradores se encargaron de reavivar el fuego sagrado de pasados entusiasmos.

Morenito, muy contento, pero sin poner jactancia en sus palabras, me hizo los siguientes comentarios:

—Al fin llegó la buena racha, y ahora sí que no habrá quien me frene. Triunfar, cuando se torea ganado malo, y eso de tarde en tarde, es tarea sumamente difícil.

—¿En cuál de sus toros se ha gustado más?

Sin un titubeo responde:

—En el primero. Fue mucho más toro que el segundo. Conseguí encelarle en los primeros muletazos, y éste fué el secreto de que luego pudiera torearlo a gusto mío.

—Y de los aficionados también. No obstante, a muchos nos agradó más su labor en el quinto de la corrida.

—Pues ese toro era menos torearable, por el defecto de tener un pitón más inclinado que el otro. Esta clase de bichos, que en el argot taurino se llama "aireados", tienen clara tendencia a coger. Por este inconveniente estuve a punto de sufrir un serio disgusto a la salida del segundo pay que le clavé.

Nuevos visitantes llegan en tropel y hacen poco menos que imposible mi charla con el torero. Y al tiempo de marcharme veo cómo la gentil esposa de Morenito increpa donosamente a un grupo de amigos.

—¡A mí — les dice — y no al torero, es a la que debéis dar las enhorabuena! ¡Que para eso soy la que pasa los sustos!...

JULIAN MARIN

—¿Qué le vió a su primer enemigo?

—Me pareció manso con mucho nervio, escurbando sin parar y, por añadidura, punteaba por ambos lados.

—¿En cuanto al segundo?...

—...se esfumó con el puyazo delantero que le infirió el reserva. Por respeto al público de Madrid, lo toreé lo mejor que por sus condiciones requería.

F. MENDO.

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Cañitas

LA Plaza tiene, antes de empezar la corrida, hormigueo y mosconeo, rumor de avispero o de colmena que aturde y marea. Hay que cerrar los ojos como ante esas persianas donde el sol hace bailar las rayas con ilusión óptica, con espejismo de cuadro de prueba en casa del oculista.

Los mozos de estoques desenfundan las espadas de sus vainas de cuero como vainas de tizonas antiguas.

Morenito de Talavera es ya el inevitable en todas las corridas madrileñas, porque une el pundonor al valor y es lidiador magnífico, y logra la emoción suprema —la del grave compromiso— en la suerte y arte de las banderillas.

Hay varilargueos que manejan la pica como si fuera una caña de pescar.

«¡Hale, Marín!», gritaban a éste sus partidarios, pero con el mismo acento navarro de los que animan a los pelotaris en los frontones. Y es que todos los años, por San Fermín, el mozo arma un alboroto en Pamplona. Claro que no es lo mismo. Ya se vió.

El cachetero resucita al toro. Y es que en lugar de apuntillarle le ha puesto una inyección.

Cañitas, con su gesto de estar siempre enfadado, es inefable. Se mancha el traje de sangre de toro, avanza con las banderillas cruzadas igual que si llevara en las manos una bandera, y cuando se adorna convierte la capa en un verdadero tobogán.

Ese capotazo que fija al bicho, se dispara como una serpiente.

Hubo toros que dieron en vida dos vueltas al ruedo, corriendo como unos locos escapados del manicomio; otros, que se querían colar por el burladero, y el último, que se cayó y se tumbó en el suelo con aire de querer dormir la siesta.

Las picas saltan rotas, a veces, con crujido de ramás secas bajo el golpe del podador.



Morenito de Talavera



Julián Marín

HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso
taurino*

¿En qué fecha tomó la alternativa Cocherito de Bilbao?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid, respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

PREMIOS

UN PREMIO de 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban anotando claramente su nombre, apellido y domicilio.

Solución al concurso anterior:

Rafael González, Machaquito, tomó la alternativa el 16 de septiembre de 1900, y se retiró el 16 de octubre de 1913.

HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



MEZQUITA
UNA SOLA

E F E M E R I D E S

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNÁNDEZ-PETIT

JUNIO

6

MIERCOLES

TIENE mucho mérito que Manolete tenga ocho millones de pesetas y se la «juegue» hasta en las capitales de tercer orden. Una de estas tardes pasadas, lo decía su gran amigo Mario Gabarrón y tiene razón. Pero si Manolete tiene mérito, ¿qué me dicen ustedes del mejicano Vicente Segura?... Vicente Segura era rico, millonario. No ganó dinero con los toros. Lo tenía y le llovían las herencias como a los pobres de solemnidad el agua cuando cae del cielo. Sin embargo, se hizo matador de toros, profesional, a partir del 6 de junio de 1907 y se la jugó hasta el punto de perder mucha sangre sobre los ruedos. Como torea Manolete, sobre todo por afición. Como Arruza. Como Ortega. Como algunos más, muy pocos. Ya lo creo. ¡Tiene mérito!

También tuvo mérito en su tiempo Antonio Sánchez, el Tato. Entre éste y Gordito existió una de las más famosas competencias del toreo. El Tato derrochaba el dinero, tanto como el salero y la gracia; era lo que se dice un hombre guapo y elegante. En cuanto a la poca importancia que le daba al dinero, solía comentar: «Mientras yo sepa matar al volapié jugándome la vida!...» Curro Cúcharos reconvenía a su hija antes de casarse: «Mira, chiquiyas, que Antonio es un despilfarrador. Tu padre dice «güervo» y «güerve». Otros suelen «gorvé» por telégrafo o en los romances de los ciegos». El Tato siguió con su vida y sus famosos volapiés, hasta el 7 de junio de 1869. Peregrino, de don Vicente Martínez, le enganchó por una pierna. Siete días después tuvieron que amputársela. Pero donde verdaderamente estribó el mérito de Antonio, fué en que con una pierna artificial se presentó de nuevo como matador de toros en Badajoz, el 14 de agosto de 1871. Fracaso, y en público, entre barreras, se echó a llorar como un niño, balbuciendo: «Sin mi pierna, ni puedo matar ya a volapié ni puedo torear de ningún modo». Y aunque se le ofreció dinero en abundancia, por la curiosidad, se retiró. Y lo pasó muy mal. ¡Tuvo mérito!

También lo tiene el ignorante que se viste de luces si le avisan: «Mira, muchacho, que esto no es para ti; con valor tan sólo, lo más fácil es que te mate un toro». Si el ignorante contesta: «¡Es tan bonito eso!...» Del pobre Perucho sólo se sabe esta anécdota y que le mató Barbero el 8 de junio de 1801.

Ahora, lector, si quieres enterarte de lo que pasó en Madrid el 9 de junio de 1861 yo te lo diré para que no te molestes, porque si hubo mérito fué en un volapié de El Tato. A Cayetano Sanz le sacaron la media luna, que entonces era tan ignominioso como hoy lo es el rasgado vibrar de los tres avisos. El público bostezó de lo lindo. Un colega de la época escribió como epitafio: «Corrido estoy, ¡por Dios!, de la corrida —que fué mala y pesada como pocas—. Tengo gran afición: pero confieso que ésta acabó con mi paciencia toda».

Y a propósito del mérito y de colegas con él de tiempos pasados, el 10 de junio de 1861 nació El Barquero. Como Sobaquillo, Sánchez Neira, Bedoya y muchos otros —por no pinoppear a los actuales, aunque bien se lo merezcan—, don Angel Caamaño ganó prestigio y popularidad con la pluma escribiendo de toros. Yo estoy casi seguro que, de haber vivido, nos hubiera dicho, comentando la corrida de Beneficencia celebrada hace ocho días, que fué un disparate conceder las orejas de su primer toro a Ortega. En esta época de exámenes, hubiera dado suspenso al público. Y ya —puesto a endosarle al Barquero lo que yo pienso— don Angel hubiese tildado de injustos a los espectadores que lo hicieron, por haber silbado a Manolete en una gran tarde de toros que pocos entendieron. Estarse quieto y obligar a pasar a un toro incierto, tiene mucho mérito. Se lo digo yo a Mario Gabarrón, porque ni soy amigo de Manolete ni enemigo de Ortega.

También tuvo mérito, a su modo, un toro de don Vicente José Vázquez, de nombre Arisco, que el 11 de junio de 1831 saltó desde el ruedo a uno de los tendidos en la Plaza de toros de Aranjuez. Roque Miranda, en el mismo tendido, le entró a matar y le dió el pasaporte para el otro barrio. Y porque soy un gran admirador del hoy peón de Ronda, que sigue llamándose Cayetano, diré, de paso, que tomó la alternativa en Sevilla el 11 de junio de 1925. ¡He ahí un hombre de corazón y de mérito!

El 12 de junio de 1921 murió en Madrid Ernesto Pastor, a consecuencia de una cornada sufrida siete días antes en el ruedo madrileño. El mismo día 12 de junio de 1924, en Barcelona, tomó la alternativa Salvador Freg, siendo su padrino su hermano Luis.

JUNIO

12

MARTES

LO QUE EL PUBLICO NO VE

Cuando menos trabaja un mozo de estoques es cuando está en el callejón

SERVIR A UN MATADOR DE TOROS ES PROFESION QUE REQUIERE UNA GRAN VARIEDAD DE CONOCIMIENTOS

Por **BARICO**



Al teléfono. Son muchas las llamadas que un mozo de estoques tiene que atender



Hay que cuidar y elegir las espadas que ha de utilizar el matador.



Y después de elegir el terno con el matador...

SON tantas las noticias que a diario le llegan a uno como anuncio de hechos sensacionales, que uno, que al fin se tiene en algún aprecio, ha decidido, por procurarse un relativo bien pasar y, en lo posible, una dilatada estancia en este real manicomio, del que renegamos con la boca chiquita, no asombrarse por nada. Y la verdad es que este sistema de no asombrarse —que no excluye, ni mucho menos, el sentimiento de admiración— es una buena cosa para la salud del cuerpo, y magnífico remedio, que ayuda, en gran medida, a la tranquilidad del espíritu. Pero no siempre salen las cosas a pedir de boca o a medida de nuestros deseos, y he aquí que hace algunos días surgió, en ese mundo extraño que es el taurino, el hecho insólito que nos produjo asombro. Y es el hecho asombroso que charlando con el mozo de espadas de un torero famoso nos dijo que si bien en la niñez había soñado con ser torero, tras probar sus condiciones en algunas capeas y tentaderos, llegó, muy joven aún, a convencerse de que era una nulidad, y sin molestar a nadie en solicitud de recomendaciones para probar fortuna, decidió ganarse el pan con su trabajo, y vino a parar en mozo de estoques. Este ejemplo de sensatez se llama Manuel Flores Núñez y es natural de Carmona. Se educó en el colegio de Dos Hermanas, vivió en las cercanías de la sevillanísima Puerta de la Carne, frecuentó el Matadero, y convencido pronto de que no era uno de los elegidos, empezó a servir estoques —hace ya veinticinco años corridos— a José Sánchez Hipólito. Luego trabajó durante diez años a las órdenes de Gallito de Zafra. Diez años con aquel mozo son muchos años de sobresaltos. Gallito de Zafra le dió ocasiones sobradas —por sus frecuentes cogidas— de servir a otros matadores —Marcial y Chicuelo, entre otros—, y más tarde fue con Zurro. Con Manuel del Pozo fue por primera vez a América, y en Bogotá, por primera y última vez en su vida, se vistió de luces en una corrida a beneficio de Alcalareño, en la que éste actuó con Luciano Contreras.

—Salí como banderillero de Contreras—dice—, y no hice más que estar en el ruedo como doblador. Creo que me vestí de torero porque presentía que algún día me harían un artículo en algún periódico, y yo tendría que decir, sin mentir, que había sido torero. Al cabo de trece años he podido dar la noticia.

En 1933, Flores trabajó con Gómez Láinez, y en 1935, con Diego de los Reyes. Llegó nuestra Guerra de Liberación, y se puso a trabajar en una fábrica.

El 30 de mayo de 1938 sirvió por primera vez como mozo de estoques en Sevilla a Pepe Luis Vázquez. ¿Se acuerdan ustedes del cartel de aquella tarde? Seis novillos de Esteban González para Mariano Méndez, Pepe Luis Vázquez y el Titi. Mariano Méndez estaba ya de vuelta; Pepe Luis quería ser torero, y lo es; el Titi optó por su primitivo oficio de panadero.

Con Pepe Luis ha hecho Flores su segundo viaje a América, y con él sigue. Flores casó, tiene dos hijos —un niño y una niña—, y sus ilusiones se centran en la familia y en los éxitos de su torero.

Este hombre nos ha contado lo que hace un mozo de estoques. Lo de menos es estar en el callejón, atendiendo a lo que ocurre en el ruedo para servir al matador. Verán. De lo primero que ha de ocuparse el mozo de estoques es de lograr billetes del ferrocarril —con cama para el matador— a fuerza de simpatía, promesas y recomendaciones. Después se ha de preocupar de los equipajes de todos y de las comidas de los subalternos. Una vez llegados a la ciudad en la que se celebrará la corrida, ha de recoger todos los equipajes y colocar a cada individuo de la cuadrilla en su habitación del hotel. Tan pronto como puede, saca la ropa del matador del baúl y prepara, todo bien limpio, el traje de torear, las zapatillas, las medias y la ropa blanca. A



...cepillarlo y prepararlo para que el espada lo encuentre en su sitio



Ya en la Plaza, aun queda algún detalle que corregir. (Fots. Manzano)

continuación prepara los capotes, las muletas y los estoques que el matador usará al día siguiente. Horas antes de la corrida, el mozo de espadas visita a los amigos del matador y a otras personas que no son amigos del maestro, pero que interesa que lo sean. Hechas estas visitas, nuestro hombre ajusta el «taxi» que ha de llevar a la Plaza al maestro con la cuadrilla. Va al sorteo y da cuenta al matador de lo que ha ocu-

rrido, y su opinión sobre lo que puede ocurrir. Le queda poco tiempo; ha de atender a las visitas: a las que hay que decir que el matador está descansando, a las que se hace pasar a las habitaciones que ocupa el maestro, a las que hay que jurar que ya se han repartido todas las entradas que el torero compró para cumplir con los amigos, y contestar a las llamadas telefónicas. Luego hay que vestir al matador, ir con él a la Plaza y servirle desde el callejón.

Terminada la corrida, se piden conferencias con la familia y con el apoderado del diestro. El mozo de espadas desnuda al matador, lo deja acostado y sale hacia la Central de Telégrafos. Hay que cursar muchos telegramas, y cuando se ha hecho esto, es necesario empezar otra vez la tarea de conseguir billetes para el matador y la cuadrilla. Donde menos trabaja el mozo de espadas es en el callejón.

Flores no es hombre dado al excesivo ornato de su persona. Por eso extraño verle con una «tumbaga» que es una pieza monumental. El hombre recurre a esa sonrisa de la que sólo tienen el secreto los consejeros de las grandes Empresas y los mozos de estoque, y dice:

—Esta «tumbaga» me la han hecho en Méjico. Lleva el escudo de Sevilla en oro y unos adornos muy caprichosos, que le caen muy bien. «Tumbaga» de banderillero de confianza parece, ¿verdad?

Conchita
CINTRON

LUNES, 11
DE JUNIO DE
1945

FILMOFONO S.A.



PLAZA DE TOROS
DEL

PALACIO DE LA MUSICA

¡SOLAMENTE PODRA USTED VER EN ESPAÑA
TOREAR A PIE A CONCHITA CINTRON, CON
SU INIMITABLE ARTE, EN LA PANTALLA DEL
PALACIO DE LA MUSICA!

MARAVILLA

del

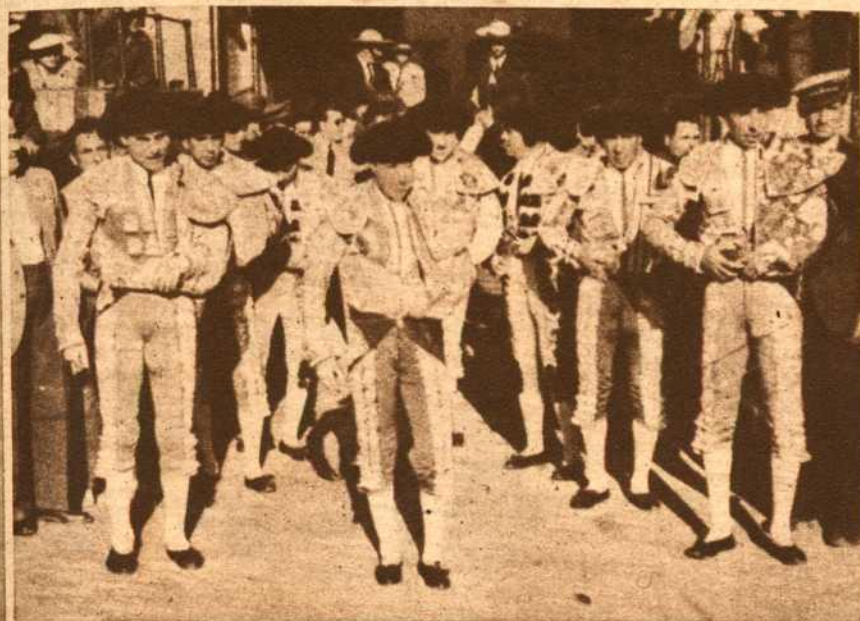
¡La única mujer que, con
capote, muleta y estoque,
es un fenómeno de la
moderna tauromaquia!!

¡SOLAMENTE EN ESPAÑA,
Y EN EL
PALACIO DE LA MUSICA!
LUNES, 11 DE JUNIO DE 1945

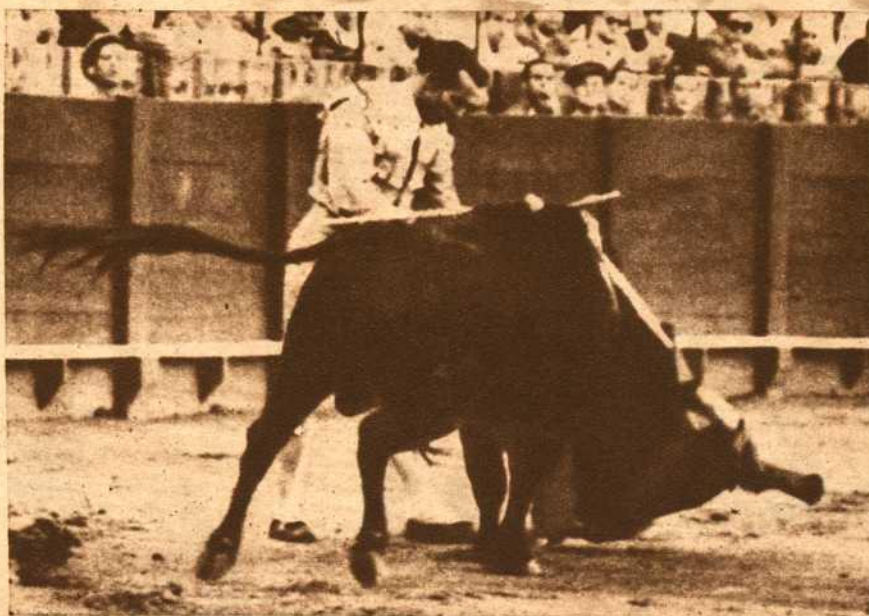
TOREO

LA CORRIDA DE LA PRENSA, EN SEVILLA

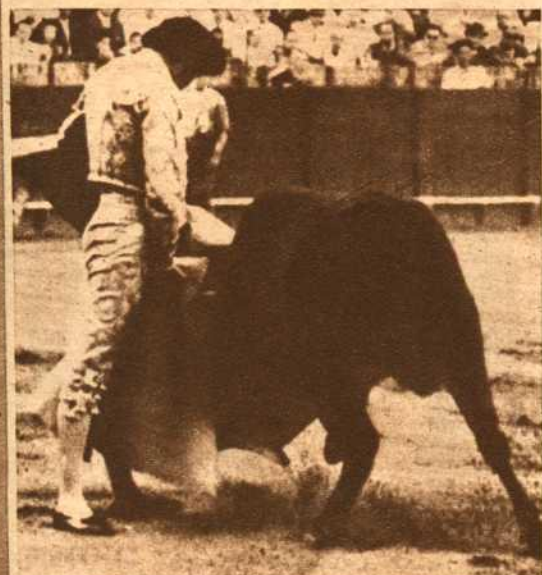
TOROS DE MANUEL GONZALEZ PARA ARMILLITA, DOMINGO ORTEGA Y PEPE LUIS VAZQUEZ



Las cuadrillas con los tres matadores, Ortega, Pepe Luis y Armillita, al frente



Domingo Ortega toreando al natural a su primer toro



Armillita, en un quite, torea por verónicas



Pepe Luis doblando a su primer toro para empezar la faena

EN LA MAESTRANZA

TRES espadas de gran certel —Armillita, Ortega y Pepe Luis Vázquez— han lidiado, en la Maestranza, seis toros de don Manuel González. La corrida había sido organizada por la Asociación de la Prensa sevillana. Hubo buena entrada en sombra y con espaciosos claros en sol. Las reses de González han dado escaso juego, pues a excepción del primer toro fueron, en conjunto, mansurrenes y con pocas calidades para la lidia. El último toro fué fogueado.

Armillita triunfó en toda la línea. Era muy grande la expectación por verle, y el famoso mejicano supo corresponder a esta cordial acogida de los sevillanos haciendo dos geniales faenas a sus toros, absolutamente distintos. Al primero —el mejor de todos— una faena artística y completa, con todos los pases imaginables y lleno todo de una maestría y una elegancia irreprochables. Al segundo —incierto en la embestida, casi manso, reservón y tirando cornadas— le consintió, exponiendo mucho, hasta hacerle otra faena maestra. Las orejas de este toro fueron justo premio a la completísima tarde de Armillita en Sevilla.

Domingo Ortega pasó ayer sin pena ni gloria por el ruedo de la Maestranza. ¿Cansado de Granada? ¿Falta de ilusión? A ninguno de sus toros logró recoger el toledano con su clásico toreo de dominio. El público sevillano, tan fervoroso siempre de Ortega, supo, pese a esta actuación, mostrarse con el silencio que el fuerte crédito del maestro merece.

Y Pepe Luis Vázquez, camino de su recuperación, salió a triunfar, y no pudo ser. Su lote fué el peor —dentro de la línea común descrita antes en cuanto al juego de los toros—, y aunque no cuajó la faena que él, sin duda, había concebido al hacer el paseo, trabajó mucho toda la tarde y logró primorosos lances de su incopiable escuela sevillana. Muleteó pinturero y vistoso y mató rápido en ambas ocasiones. Y no dió de sí otra cosa la tradicional corrida de la Prensa, en Sevilla.

F. M. G.



El mejicano en un natural a su segundo

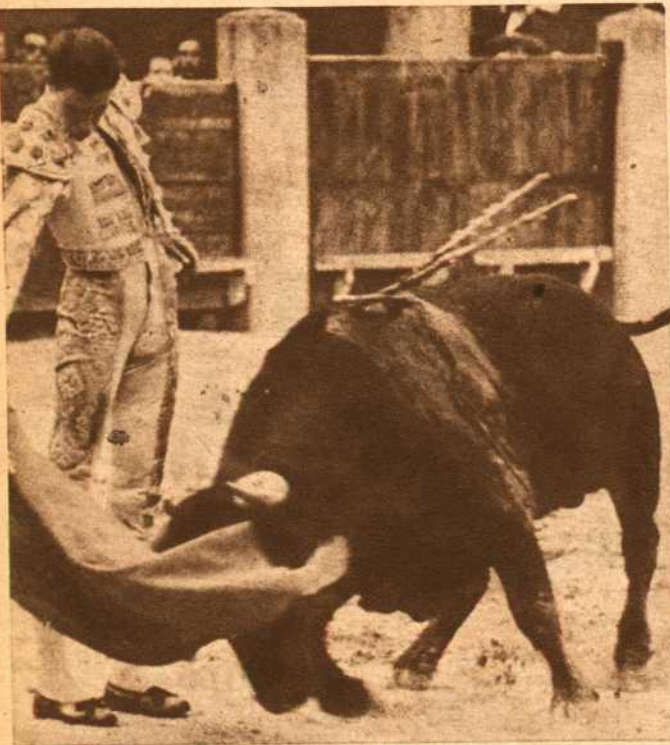


Armillita saludando al público con las orejas y rabo de su toro. (Fots. Arenas)

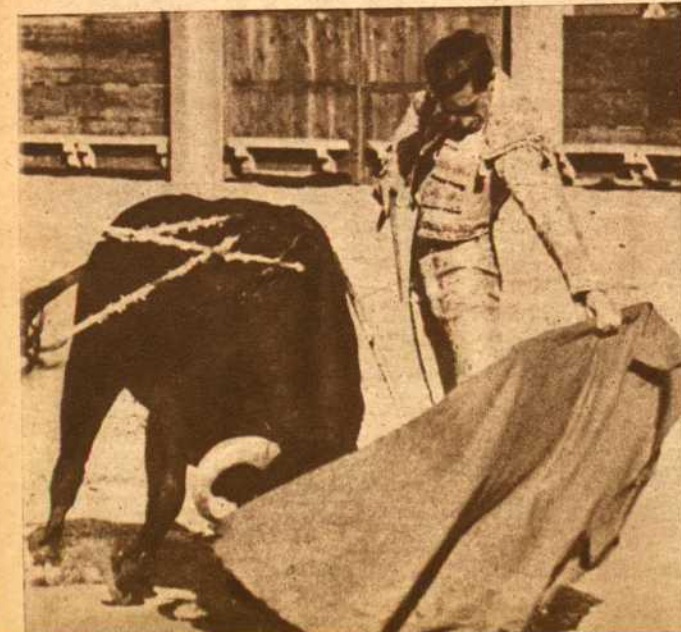
Toros del Corral para
**MANOLETE,
ARRUZA Y
PARRITA**



Un espeluznante molinete de rodillas de Arruza a uno de los toros del que cortó las orejas



Un templado derechazo de Parrita a su segundo toro
El torero de Córdoba toreando al natural como él sabe hacerlo



Un derechazo de Parrita en el toro del que cortó la oreja



El mejicano, en un pase por bajo y en redondo a su primer toro

El adorno ya clásico de Arruza a mitad de la faena de su segundo



Manolete, en un natural a su segundo toro del que cortó las orejas



Arruza, entrando a matar, deja una estocada hasta el puño

El torero de Méjico toreando con la izquierda al natural. (Fots. Mari)



LA FERIA DE GRANADA

ARMILLITA, DOMINGO ORTEGA, MANOLETE, ARRUZA, ALBAICIN,
PEPIN MARTIN VAZQUEZ Y PARRITA

Alvaro Domecq actuó con gran éxito en la primera corrida



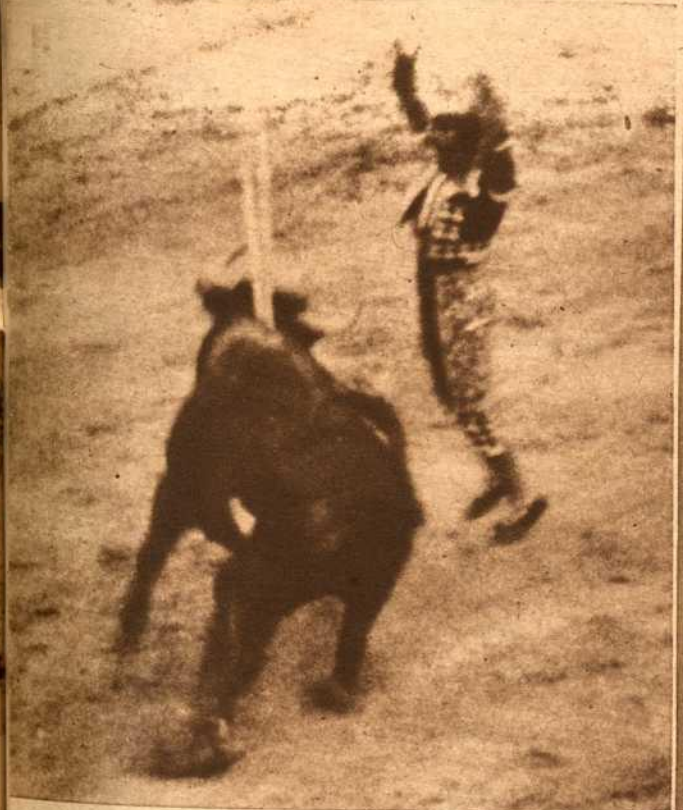
Alvaro Domecq rejoneando con su peculiar estilo



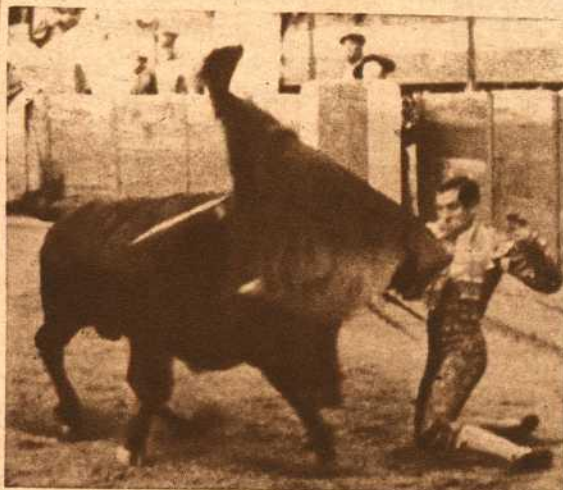
Manolete toreando por manoletinas uno de sus toros



Ortega en un adorno al toro del que cortó la oreja (Fots. Torres Molina)



Armillita en el momento de clavar un buen par de banderillas



Pepín Martín Vázquez en un pase rodillas en tierra

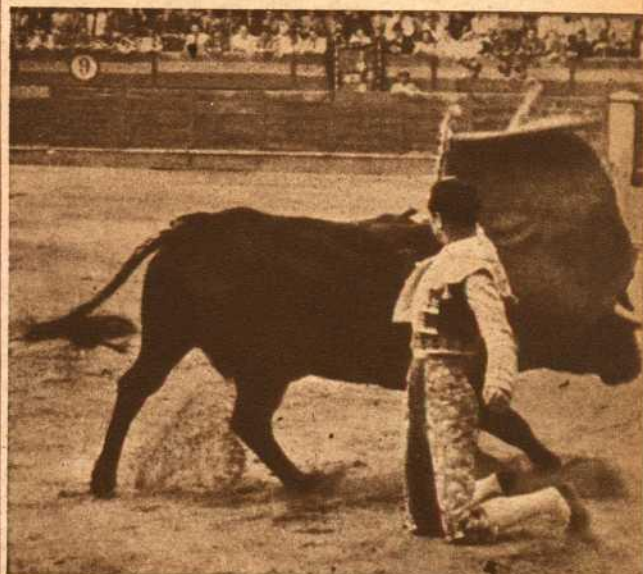


Manolete en un muletazo con la derecha

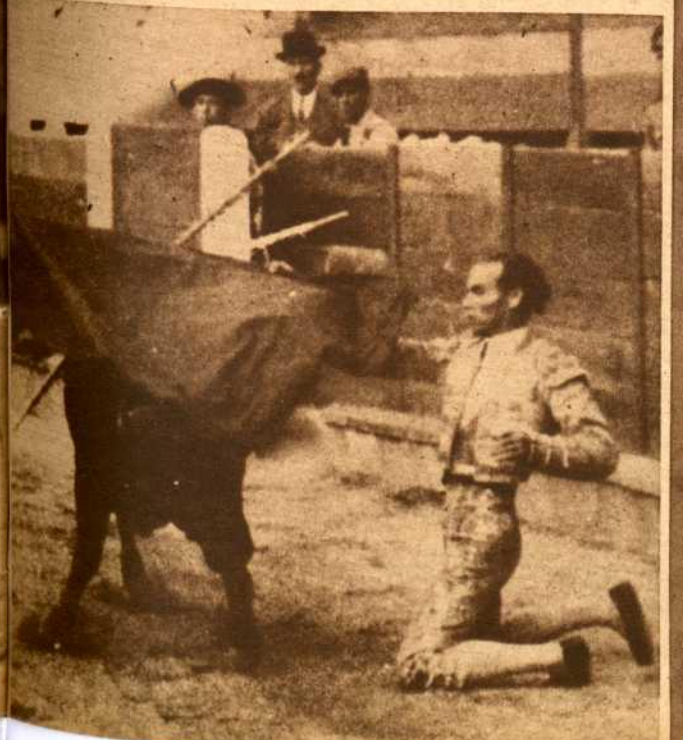
Domingo Ortega iniciando la faena de muleta con un pase de rodillas



Parrita toreando de capa al toro que le produjo la grave cornada



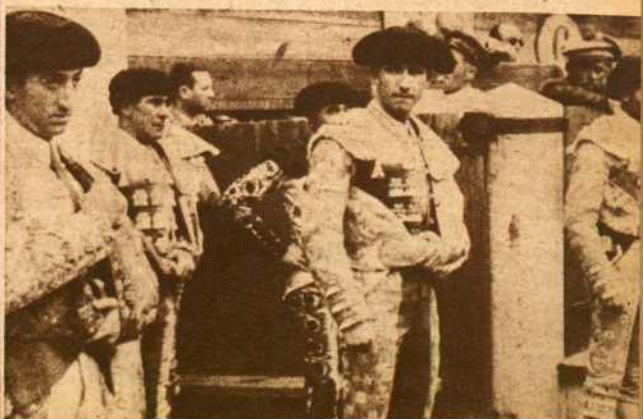
Arruza toreando de rodillas al toro del que le fué concedida la oreja



Bellas señoritas granadinas que presidieron la corrida



Manolete, Arruza y Ortega, momentos antes de empezar la tercera corrida



J O S E L I T O

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

— Por FELIPE SASSONE

DIJE en el capítulo anterior cómo habría de volver a estudiar, siquiera fuese de modo breve y some-

ro, la personalidad torera de Fernando Gómez, Gallito, el segundo hijo del señor Fernando, como último supuesto antecedente del arte de Joselito.

Fernando, influido por el ambiente en que vivía, quiso ser también torero, y le fué fácil el empeño, porque lo habían sido su padre y su hermano y tenía la mesa puesta. Con su hermano mayor, después de haberle servido de banderillero en muchas Plazas de España y de haber matado no pocas novilladas por su cuenta, a América se fué en 1908, y en la Plaza de Méjico le dió la alternativa Rafael el 14 de enero de 1909.

Además del recuerdo de su padre y del ejemplo vivo de su hermano, en aquellas tierras pudo Fernando ver muchas de las suertes del toreo antiguo, que, olvidadas en España, habían ido a refugiarse, para vivir, en la España nueva, para muchos vocablos arcaicos de nuestro castellano que allá quedaron y los malavisados toman hoy por americanismos. En Méjico estaban entonces ejerciendo su profesión Minuto, Fuentes y Antonio Montes, y retirados de ella, abrían cátedra de toreo Cuatreceros y Remigio Frutos, Ojitos, primer maestro de Rodolfo Gaona, y hasta en tierras del Perú habían dejado desde mucho antes tradiciones de buen toreo lidiadores sin gran fortuna en España, que fueron a buscarla allende el mar: Julián Casas, el Salamanquino; los Villaverde, José Lara, Chicorro; Manuel Hermosilla, Paco de Oro, El Marinero, Gabriel López, Mateito; Paco, Frascuelo, el de los insuperables galleos; Angel Pastor, fino muletero famoso; Francisco González, Faico... Por herencia atávica y por imitación consciente estuvo, pues, el segundo Fernando de los Gallos nutrido de buena ciencia taurómaca, y era, en verdad, finísimo, y un torero prodigioso con el capote en la mano, que, suave y seguro, se llevaba y dejaba a los toros en suerte donde le pluguiera. Pero era hombre apático; no tenía precisamente el coraje del Cid Campeador, y, además, por su salud precaria, una vieja enfermedad teñaz, que le llenaba de impurezas la sangre y le adormecía la inteligencia, y por su tendencia a la obesidad, hubo de convencerse pronto que carecía de facultades y condiciones para ser un buen matador de toros. A su vuelta de Méjico se acogió de nuevo a sus banderillas, se fué borrando, murió pronto, aunque después que su hermano José, y ya casi nadie le recuerda.

Uno de los biógrafos de Joselito, Antonio Parra, Parrita, amigo íntimo del gran torero, su servidor más fiel y leal, su consejero seguro y quien más largamente lloró su desaparición prematura, publicó a raíz de ésta un largo folleto, *Joselito, su vida y su muerte*, que yo prologué, en el cual podía leerse, al pie de un retrato del segundo Fernando, lo que sigue: "No ignoraba nada del toreo, y muchas de las suertes que hacían sus hermanos eran inventadas por él." Sobre esta afirmación habría mucho que meditar. Sin duda, Fernanquito toreaba de salón para que vieran sus hermanos todo lo que se podía hacer con el toro y él nunca pudo hacer. En el gabinete taurómico de sus hermanos, él se limitó a ser ministro sin cartera y sin gloria. No se puede decir que formó a Joselito. A Joselito no lo formó nadie. Era un producto del ambiente, de la atmósfera, que le rodeó desde su más temprana niñez. Por ahí anda, no sé si podré hallarla a mano, una fotografía, tomada en la placita de su casa de Gelves, donde se ve a Joselito, que apenas tiene dos años de edad, simulando la suerte de matar, frente a un muchachito bastante mayor que él, que le embiste a gatas. El señor Fernando, gordo y viejo, con la postura bailarina y fofa de un oso puesto en pie, contempla la travesura instintiva del muchacho.

Sobrino de torero, hijo de torero, hermano de toreros, Joselito tenía casta de tal y vivió siempre entre una numerosa familia de toreros, y aunque no tuvo hijos, tuvo sobrinos, y aun quedan muchos profesionales que llevan en las venas algo de su sangre. En su árbol genealógico, cuyo tronco —al menos, para mí, que más no he logrado averiguar— arranca sólo del abuelo pa-

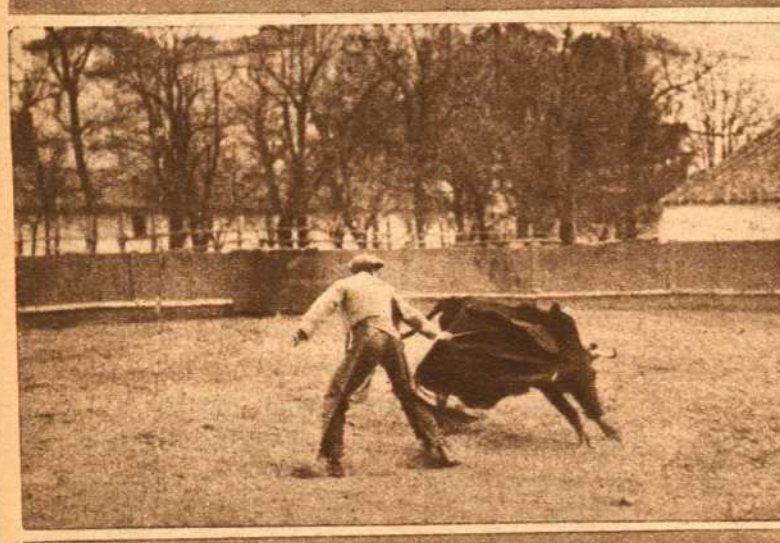
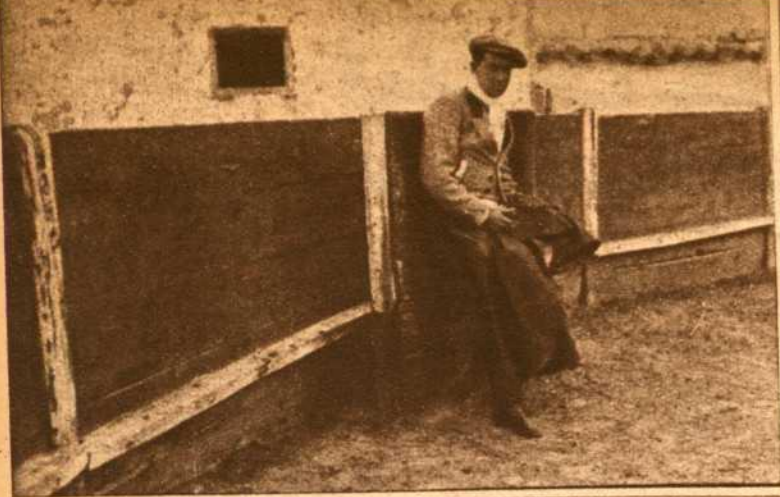
menos lejanos, por la rama materna, gitanos y toreros de Cádiz, desde Antonio Ortega, el Marinero, y el primer Cuco, banderillero famoso, y Juan Villegas, el Loco, y José Villegas, Potoco, y los Jiménez Rebufina; y su primo es también Enrique, el Almendro, buen banderillero, que lo fué de su cuadrilla, y buen cantaor, hoy retirado en Sevilla —otro hipertiroideo gordo—; y parientes suyos son los dos banderilleros hijos de aquel inolvidable Manuel Blanco, Blanquito, porque éste casó con una hija de Fernando, el Gallo, anterior al matrimonio con Gabriela, que se llamaba Eloísa. Las hermanas de José, Gabriela, Trini y Lola, también casaron con toreros. La primera, con Enrique Ortega, el Cuco; la segunda, con el matador Manuel Martín Vázquez, y la tercera es viuda hoy de Ignacio Sánchez Mejías. Y de Gabriela hay dos hijos, y de Lola, uno, que también se dedican a la misma profesión.

No lleva trazas de acabarse nunca la casta de los Gallos, de la que Joselito fué la flor. Pero Joselito tenía otro color y otro aroma, porque no acababa de parecerse a los suyos. La tez cetrina, sí; los ojillos penetrantes, aceitosos, oscuros, como posos de café; la mueca melancólica de los labios gruesos, la propensión a la calvicie y a la obesidad...; pero el toreo, no. El toreo era suyo, y acaso no completamente suyo, porque era como un misterioso y lejano recuerdo, y no se parecía a nadie, pero se parecía a todo el toreo. Heredó de su padre, eso sí, como sus hermanos y como todos los discípulos buenos del señor Fernando, aquel movimiento de cabeza lanceando de capa y pasando de muleta, una manera de mirar pasar al toro con el ojo contrario al de la salida, lo que comunicaba una gracia de danza y de ritmo musical a todo el toreo, y heredó también la flexibilidad del busto y de la cintura, olvidada, lamentablemente olvidada, por los grandes toreros rígidos de estos tiempos. Pero, ¿no podía ser también esto último herencia atávica, por la línea materna, de Gabriela, le bailaora? El toreo es danza, más o menos reposada; a veces, reposa del todo, baile con los brazos y con la cabeza, y ha de tener ritmo y plasticidad animada, y si no, no es arte.

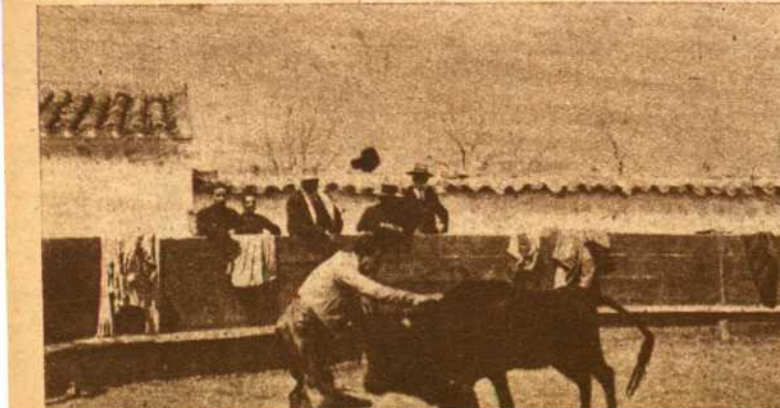
El maestro, primer Fernando de los Gallos, sólo fué reconocido en su magisterio por los discípulos cercanos e inmediatos. Por su falta de arrestos, de decisión, de constancia, no es una cumbre en la historia del toreo, como Montes, y el Chiclanero, y Lagartijo, y Guerrita; pero su último retoño volvió por los fueros de su maestría, y sin imitarles, sin parecerse a él, inmortalizó su casta. Porque así lo quiso su destino, y antes de ser torero, ya fué instrumento de torear; y se cuenta, en el libro de Parrita, que cuando el muchacho tenía apenas ocho años, "mientras se verificaba el herradero de becerras de don José Anastasio Martín en el cortijo de Quintillo, propiedad de dicho ganadero, encontrándose allí Rafael y Fernando Gómez con varios señores de la Prensa de Madrid y el matador Enrique Vargas, Minuto, se quedó una becerria en la Plaza, y agarrando Enrique a Joselito por detrás, estuvo toreando con él, cogido por los brazos, soltándole en el momento de pararse la res, con lo que Joselito quedó muy satisfecho, convencido de lo bien que había torreado".

Por eso, Joselito, como todos los grandes artistas, no supo nunca cuándo había empezado su arte. El no inventó el toreo moderno, creación de Juan Belmonte; pero esta creación sólo puede fundarse en la tradición renovada que le ofreció Joselito. Joselito nunca tuvo la sensación de que aprendía algo, porque ya se lo traía sabido, lo recordaba misteriosamente, y cuando no inventaba el toreo, lo recreaba, es decir, lo volvía a crear. Y ahora vamos a buscar otra vez a Joselito solo y puro, desde el principio, y para buscarlo en su cuna nos iremos a Gelves. (Continuará.)

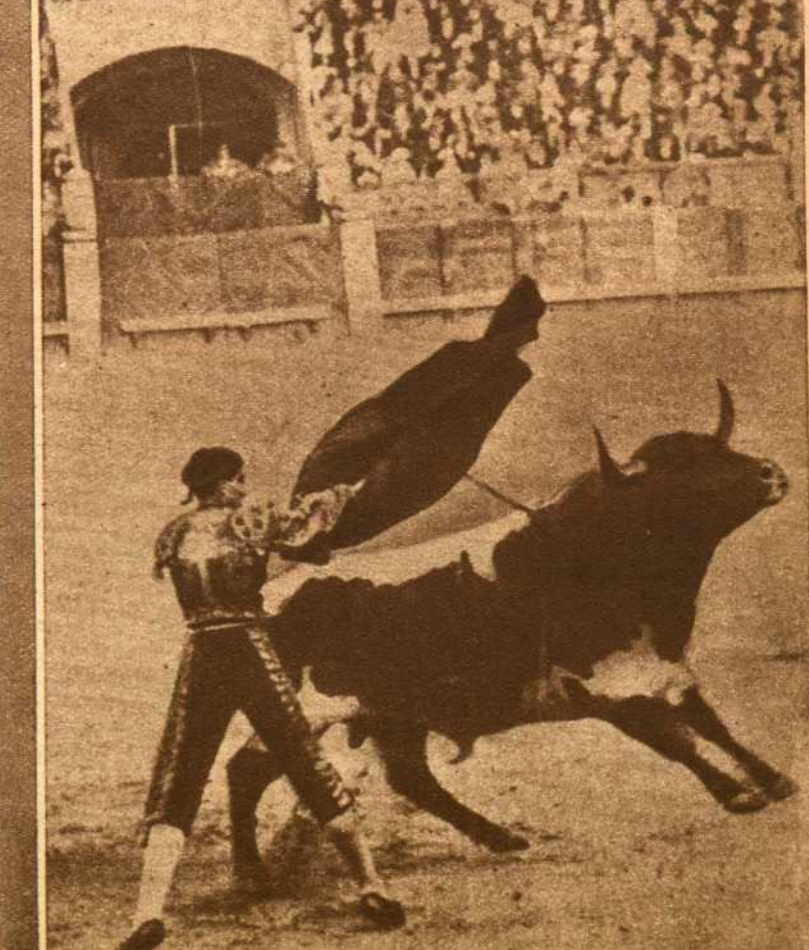
terno, Antonio Gómez Bejarano, que yo no sé que fuera torero, se enlazan en las ramas muchos parientes más o



Varios momentos de Joselito toreando, después de tentar unas becerras en la ganadería del duque de Tovar



De arriba abajo: Joselito, acompañado de El Limeño, que tomaron parte, entre otros, en un festival benéfico; poniéndose la chaquetilla, para ir a la Plaza, y en un pase por alto en la Plaza de toros de Madrid



EL ARTE Y LOS TOROS

JOSE ELBO, el pintor costumbrista y romántico y sus cuadros de asuntos taurinos

Por MARIANO S. DE PALACIOS

CORRE el mes de marzo de 1804, cuando en la andaluza ciudad de Ubeda viene al mundo, en el que tan pocos años había de vivir, uno de los pintores costumbristas más característicos de la primera mitad del romántico siglo XIX, José Elbo. Es humilde su origen, son pobres sus progenitores; pero el muchacho saca afición por el dibujo, al que dedica sus entusiasmos con un maestro, mal pintor, que si sostiene sus lógicas ambiciones concepcionistas y su inclinación artística, nada hace por depurar su concepto, todavía ingenuo e infantil de la pintura, encauzando las nativas preferencias, que, si no se malean, tampoco se enriquecen con las necesarias enseñanzas pictóricas. Pero Elbo, que lleva dentro de sí esa fiebre conquistadora de todo temperamento artístico, busca en Madrid más amplios derroteros, que le brindan maestros competentes y especializados. Elbo ha vivido los trágicos momentos de la invasión francesa. Sus ojos de niño se abrieron aterrorizados por las sangrientas luchas, y han visto cómo al empuje fiero de unos extraños ha respondido la acometividad heroica y triunfante de sus connaturales. Tan impresionado queda por los sucesos, que parece que ellos sensibilizan su temperamento, que prende en aficiones populares, que habían de sentirse manifiestas en su pintura admirable de época subsiguiente.

El joven artista ama lo popular, siente atracción por todo lo castizo y callejero, y deseoso de captar el ambiente que sólo viviéndolo puede recoger con toda propiedad y verosimilitud, se viste de majo, y, perdido entre manolas, toreros, gañanes y gente de trío, vive en mesones y cantinas, en merenderos y en donde haya juerga y cante, todo ese casticismo que tanto le cautiva e impresiona. No le importa que Fernando VII, hosco y reconcentrado, le deje de otorgar su merced de una pensión en Roma. Como Valeriano Bécquer, busca en pueblos y aldeas el motivo de sus cuadros, cuando su espíritu, sus gustos y emociones sin quererlo se sienten contagiadas de la imperante y agobiadora influencia romántica.

En pintura, Goya, acaso sin proponérselo, ha dicho ya cuanto podía decirse de esta nueva tendencia que, importada de allende el Pirineo, ha de transformar el espíritu, el ambiente, las costumbres y maneras todas del pueblo español. Lucas, Esquivel y Alenza siguen sus huellas, si no en la calidad y riqueza de la pintura en el asunto o tema, y Elbo, que sobre todo es amigo íntimo del



«Toros en la dehesa», cuadro de Elbo, pintor andaluz, costumbrista y romántico del siglo XIX, cuyo arte se quebró en pleno vigor con su muerte



«Un picador», otro de los cuadros de Elbo, que lleva en sí el espíritu soñador y romántico que anima la obra de arte de este gran pintor

último de estos tres citados pintores, se empapa, y perdió nesenos lo poco apropiado de la frase, del espíritu renovador y al mismo tiempo decadente de esa tendencia modificadora que le rodea y envuelve. Frecuenta el café del Príncipe, con todos los ingenios de la época. Conviene con pintores, dramaturgos, políticos y poetas, y al contagio de sus explosiones, líricamente sentimentales, se inflama de ese fervor ultramocional que transforma y modifica su carácter nativo.

Funda el Liceo Artístico y Literario, en cuyas sesiones nocturnas de los jueves, Zorrilla entre otros, lee sus leyendas y elegías, que pasado el tiempo habían de hacerse más tamosas, y Espronceda, el joven vate, un día exilado, aun prendido de amor por Teresa, recita, enfático y engolado, sus versos detonantes y lacrimógenos.

Elbo goza ya de un prestigio. Sus obras, cotizables, se difunden gracias a la protección que le dispensa, generosa, ya muerto Fernando VII, la Reina Gobernadora. La Real Academia de San Fernando le nombra su socio

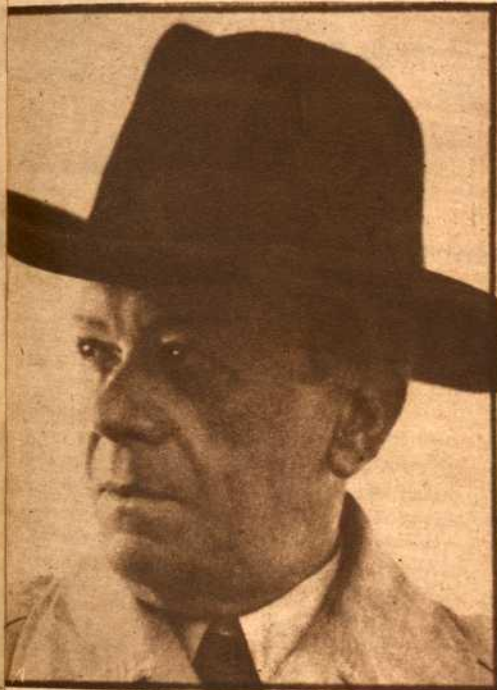
de mérito; colabora en «El Semanario Pintoresco» y en «Panorama», y tiene dinero, pero lo que es más sensible, empieza a debilitarse su salud. Tiene fama, pero sigue bien a sus devociones íntimas, amando lo popular y callejero. Son sus paseos por la Cava y el puente de Toledo, por los suburbios y arrabales, allí donde mora la gente de trío o esa vencida y resignada Corte madrileña de los Milagros.

Ha pintado ya ese gran cuadro «La Plaza de Toros de Madrid en un día de corrida», «Un vaquero a caballo y dos toros», «Un majo», «Una torada en la Muñozan», «Majo y manolas» y «Dos suertes de picadores de toros».

Elbo murió en Madrid el 4 de noviembre de 1844.

Aficionados de categoría y con solera

El escultor y académico MOISES DE HUERTA cree que los toreros actuales han traído un renacimiento formidable a la fiesta Se ha metido en las Plazas de Toros a generaciones que parecían ganadas exclusivamente para el fútbol



EL ilustre escultor Moisés de Huerta, académico de Bellas Artes, artista de talla internacional, autor de tantas obras magníficas, profesor cuyas enseñanzas han facilitado considerablemente el camino a los que son más jóvenes, que él, es este hombre sencillo y cordial que a nuestro lado tenemos. No tiene apenas tiempo para nada. Llega tarde al almuerzo, llega tarde a la cena. ¡Imposible, imposible desperdiciar los minutos! El tiempo es oro. El tiempo vuela... ¡Ah! ¡Pero es de toros de lo que hay que hablar! Eso es otra cosa. Es por lo único que Moisés de Huerta accede a

robarle tiempo a su tiempo, tan escaso como precioso en estos momentos. Procuremos distraerle lo menos posible y vayamos directamente al asunto.

—Yo he vivido en Bilbao hasta no hace mucho. Sólo desde hace dos años resido en Madrid. Mire usted, en Bilbao entienden mucho de toros. Yo creo que más que en ninguna otra capital de provincia. Allí existe, como usted no ignorará, desde hace muchos años, el Club Cocherito de Bilbao, donde se conservan recuerdos taurinos que se admiran como reliquias; allí se fundó la primera "Peña Manolete" de que hay noticias, cuando el cordobés empezaba. Es una afición muy inteligente, que sabe ver el toro, que se fija en el toro antes que en el torero. En Bilbao se escoge el ganado. Siempre sale por los chiqueros lo mejor. Se pagan altos precios por ver las corridas. Se organizan expediciones para ir a otras Plazas, aunque haya que cruzar el mapa. Sobre todo, el aficionado bilbaíno sabe ver. Saber ver es algo que no está al alcance de todos los espectadores. Saber ver es saber apreciar, estudiar las condiciones del toro y poder juzgar si la labor del torero es adecuada o inoportuna.

—En suma, espectadores preparados.

—Eso es. No se puede pasar de la posición de espectador a la categoría de aficionado sin una preparación, sin una capacidad para comprender la verdad de lo que sucede en el ruedo. Yo diría que en Bilbao son más los aficionados que los espectadores. No sé de cuántas Plazas se puede decir lo mismo. De "ver" a "saber ver" hay una enorme diferencia. Es la que va del espectador al aficionado.

—Dígame. ¿Cuándo empezó usted a ver?

—¡Uf! La corrida más antigua que yo recuerdo es una con Mazzantini, el Guerra y Reverte. Por supuesto, en la época de estos diestros el toro era más basto y también menos científico. El Guerra era un torero completo. Lo hacía todo, y lo hacía todo bien. No tengo inconveniente en reconocer que hoy se hace todo mejor. Se corren ahora mejor los toros que antes. Los toros cogen menos, precisamente porque el torero está más cerca. No es el mismo ganado que des-

pachaban el Guerra y sus contemporáneos; pero éstos son los hechos. Después de el Guerra, creo yo que el toro se quedó un poco dormido, hasta que lo despertaron Belmonte y Josecito, y volvieron a meter la afición en los ruedos, de los que mucha gente había empezado a desenterrar.

—Algo así como lo que sucedió después de estos dos colosos.

—Algo así, hasta que llegamos a este entusiasmo que la actual torería, con Manolete a la cabeza, ha levantado. Lo asombroso de lo que ocurre actualmente es que se ha metido en las Plazas a generaciones que parecían ganadas, exclusiva y definitivamente, por el fútbol. Esto lo han conseguido los toreros de hoy, entre los que los hay extraordinarios, como Manolete, como Arruza. A mí, Arruza me gusta mucho, a pesar de sus cosas. Yo le he visto hacer de un buey un toro, a fuerza de valor y conocimiento. ¡Y como rehiletero, no hablemos!

—Pero ha dicho usted que a pesar de sus cosas...

—Sus cosas son los rodillazos, las tocaduras de pitón, eso de apoyar el codo en el testuz... Trucos efectistas, pensando en el objetivo del fotógrafo y en el fácil aplauso. Comprendo que el torero tenga que hacer eso por complacer a sectores de público. Pero para mí el toro de verdad es de pie, y la mejor estética del toro es también de pie. Claro que esto no es querer quitar méritos a un torero tan enorme, porque aparte estos detalles, es incuestionable que estamos ante una verdadera figura, como figura verdadera es Manolete, aunque, como Belmonte, no sea completo, porque no pone banderillas. En la época actual hay matadores muy buenos. Los dos citados y Domingo Ortega, y muchos otros. Y conste que matador entero no es el que hunde certeramente el estoque. El matador se ve ya en los primeros lances, cuando hace doblar al toro que lo necesita para que se resienta de los riñones y de las pezuñas, cuando se dedica a canchales, cuando todo lo que hace tiene un por qué, un ir condicionado al toro para la suerte suprema. Al clavar la espada, puede haber desgracia, pinchar en hueso, a pesar de perfilarse bien, en corto y por derecho. Al matador auténtico se le ve desde antes, y la estocada no es sino el fruto que él ha ido madurando en el transcurso de la lidia. Se puede lidiar y no torrear, como se puede torrear y no lidiar. Lidiar y torrear es lo que hacen los que podemos llamar de primera. Por lo demás, hay diestros que lidiar y torrear, y, no obstante, no llegan muy lejos. ¿Por qué? Porque les falta algo indefinible: *ángel* personalidad, esa gracia que sólo se otorga a los elegidos.



—¿Ha influido su afición en su arte?

—Bastante, bastante...

Tengo hechos muchos toros.

He ido a los corrales para

estudiarlos, y aun guardo muchos apuntes. A fuerza de verlos un día y otro, se llega a perderles el respeto, y, en algunas ocasiones, hasta me he apartado dos metros del burladero, casi sin darme cuenta, para observarlo mejor.

—Y, seguramente, habrá usted ensayado sus condiciones taurinas ante algún bicho.

—No; eso, no. Les perdí un poco el respeto; pero no tanto. Mi sitio está en el tendido. Soy un espectador que habla poco, no grita nunca, aplaude con parsimonia y está pendiente del toro, más que del torero, desde que se abre la puerta de los chiqueros. El buen aficionado ha de ser discreto.

—¿Echa usted algo de menos en la Fiesta?

—¡Ya lo creo! Se ha ido la esencia. Se ha industrializado la cosa y se ha perdido el ambiente. ¡Aquel ambiente! Ya el torero, en la calle, es una persona como otra cualquiera. Por supuesto, esto ha ocurrido en todos los órdenes de la vida. Antes se podía decir la profesión de una persona por el modo de vestir. Había trajes para notarios, para poetas, para empleados, para caracteristas... y para toreros. Yo no acabo de concebir un torero si no es como Cerrajillas. Cerrajillas era un banderillero. Por la calle iba con su sombrero ancho, su botonadura de oro, su cadena gruesa, su camisa rizada, sus botas de caña, su pantalón abotinado, hasta su tufo sobre la frente... ¡Un torero, señor!... Ahora los veo ir en automóvil a la Plaza y no lo acabo de entender...

—Pero el público también dicen que ha cambiado lo suyo.

—¡De qué manera! Para la mayoría de los que van a la Plaza, la fiesta dura exactamente lo que la corrida. Son pocos ya los que le dedican todo el día. Desde por la mañana, los primeros comentarios y el primer chatito; luego, el apartado, que da tema largo para el aperitivo; el almuerzo, el café, el puro indispensable, el llegar a la Plaza lentamente, "recreándose en la suerte", para llegar con mucha anticipación y tener tiempo de darse una vuelta por el patio de caballos y las dependencias... Ya no se ven en los tendidos los espectadores de bota de vino y cazuela de callos... A lo surro, un señor saca, furtivamente un diminuto bocadillo de jamón y se lo come casi a hurtadillas. Y no se hace caso apenas del toro, de "S. M. El Toro", como titulé yo a una de mis obras. El interés se centra en el torero, en estos toreros de hoy que, en su honor sea dicho, han traído, con sus modos y con sus modas, un renacimiento formidable de la fiesta.

No tenía tiempo nuestro insigne artista; pero es que había que hablar de toros, y eso ya es otra cosa.

—De toros, sí; porque, como español, soy admirador y aficionado. ¡No faltaría más!

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Con JUANITO BELMONTE, a bordo del "Monte Albertia"



Juanito Belmonte, a su llegada a España, es salido a recibir al barco por su madre, a la que abraza en la foto

"No creo que toree esta temporada en España"



Pasados los primeros momentos de efusión, madre e hijo charlan sobre cubierta

A CABABAN de dar seis campanadas largas en el reloj de la torre de Begoña. Una llovizna fina hacía más pardas las aguas del Nervión. En la margen izquierda de la ría bilbaína, a la altura del Campo Volantín, nos esperaba, en este amanecer de grises, el remolcador que había de llevarnos a Santurce. Al puerto exterior. Al descender al pequeño barco, se aupó sobre nuestras cabezas el monte Archanda, más reconocido por el corazón que evisto. La densa niebla apagó sordamente la sirena del remolcador, cuando el patrón puso el timón al Norte...

Tres pasajeros íbamos a bordo: Fernando Gutiérrez de Alzaga, el fotógrafo Elorza y el periodista. Bien subidos los cuellos de nuestras trincheras, acodados sobre el puente mariner, dejábamos ya atrás Deusto, Luchana, Erandio...

—No tardaremos mucho —nos dijo Gutiérrez de Alzaga, destacada personalidad del fútbol nacional—. Dentro de una hora abordaremos al *Monte Albertia* en alta mar.

Acogimos con alegría sus palabras, porque el *Monte Albertia* era la meta de este paseo marítimo, en la madrugada del miércoles bilbaíno. Porque en este barco, de la matrícula de Bilbao, regresaba a España Juanito Belmonte. Un sueño de largas singladuras y un sabor de sales nos adormecía cuando el palo mayor de nuestro barco partió en dos el Puente colgante. Un poco más lejos veíamos ya el morro de Santurce. Dejábamos el puerto interior... Un poco más allá, el mar.

Luego...

Envuelto en el celofán de la niebla, casi al paio, el *Monte Albertia*. Las olas hacían cabecear suavemente de babor a estribor al barco. De vez en cuando el pitido estridente de los prácticos. Encima de nosotros, el paisaje maravilloso de Santurce y Algorta.

La marea era propicia.

Nuestro barco abordó resueltamente al *Monte Albertia*. A babor del barco cayó la escala. Gutiérrez de Alzaga, dijo:

—Vamos... Cuidado con las bordadas.

El consejo era prudente porque el remolcador, dominado por el

rizo, del oleaje, se acercaba peligrosamente al casco del buque, que volvía sobre la ruta de Ultramar. Unos garfios sujetaron fuertemente los dos barcos... Poco a poco, con dificultad, llegamos a cubierta. Eran las siete de la mañana. Esperándonos, firme y sonriente, Juanito Belmonte. Un fuerte abrazo de bienvenida.

—Bien, Juanito...

El famoso torero suspiró y acentuó aun más su sonrisa.

—¡Qué ganas tenía de volver!... De estar en España.

Se acercó al grupo Javier Aznar, el capitán del barco y el primer oficial. Parecía que nos encontrábamos todos lejos de la Patria, con esa alegría de los que se encontraron de nuevo bajo otros meridianos. Y sin embargo, estábamos en la cubierta de un barco que se cobijaba bajo el pabellón español, que se balanceaba en las aguas del Cantábrico y que aprisionaba el paisaje de las tierras bravías del Norte. Pero a Juanito Belmonte le separaban siete meses de España.

—¡Cuánto tiempo, Juanito!

—Siete meses sin vosotros... Son muchos meses

cuando se aman tantas cosas y que sólo es posible vivirlas, en este tiempo, en el recuerdo —volvió a suspirar—. Pero ya ves... ¡Lo principal es que estoy de nuevo con vosotros!

Dejé caer lentamente mi pregunta:

—¿Para torear?

No lo pensó mucho, cuando me contestó:

—No, no; yo no torearé esta temporada en España. Está ya muy avanzada y se han celebrado algunas ferias en las que debía de haber toreado, y, además, la verdad, tampoco sé cómo están las cosas de los toros actualmente. No creo —repitió ahora con un ligero titubeo— que toree este año en España.

—¿Lo crees así firmemente?—insistí.

Me pareció que Juanito Belmonte meditaba.

—La verdad es que nunca se puede afirmar nada... Ya te he dicho lo que pienso. Luego, ya veremos. De momento marcharé a Gómez Cardena, la finca de mi padre; a descansar.

El grupo nos rodeó, y mientras el *Monte Albertia* se deslizaba ría abajo, en el puente de proa se hizo una pequeña tertulia taurina.

Alguien preguntó:

—¿Has toreado muchas corridas en América?

—En total —dijo—, once. En Lima toreé cinco; una en Trujillo; dos en Bogotá; dos en Medellín y una en Caracas.

—¿Con triunfos grandes?

El quiso esquivar el tema, pero al fin no tuvo más remedio que contestar a la pregunta.



Amalio Cabezas, su mozo de estroques, abraza a Juanito



Amigos y admiradores del torero salen a saludarle al barco

“Ahora hace siete meses que os dejé... ¡y qué ganas tenía de volver!”

“Traigo firmados los contratos para volver el año próximo a los ruedos de AMERICA”



El barco está entrando en la bahía del puerto, y Belmonte posa con su madre para el fotógrafo



Juanito Belmonte alegra su cara al sentirse ya a punto de pisar tierra española

—Por lo menos —añadió sencillamente— yo estoy muy contento y creo que...
—¿Has triunfado! ¿No es esto?—afirmó el apoderado Gómez de Velasco...
—¡Hombre! Tanto como eso...
No le dejamos continuar.
—¿Cortastes muchas orejas, Juanito?
—En la temporada que hice en Lima, donde alcancé un buen éxito, corté siete orejas en las cinco corridas que lidié. También en Trujillo corté dos orejas el día de mi presentación. Pero no era tan fácil triunfar...
Nos sorprendimos todos un poco.
—¿Por qué?—le pregunté.
—Sencillamente, porque en todo el Perú recordaban a mi padre y todos creían encontrar en Juanito Belmonte a ¡Juan Belmonte!... Y esto sí que era difícil—terminó con orgullo.

—¿Qué toreros alternaron contigo?
—En Lima, alterné con Armillita, con Silverio Pérez, Gitanillo de Triana y Pedro Rodríguez II. En Colombia, con Rafaelillo, Blanco, Calesero y Briones, y en Caracas, con Ricardo Torres. Además, en Lima di la alternativa al torero peruano El Nene. Precisamente, también en Lima...
—¿Qué te pasó?
—Nada... Que allí alcancé mis mejores triunfos. Ya sabes que en todo el Perú, el recuerdo de mi padre se mantiene vivo y todos los aficionados esperaban con expectación el día de mi debut. Aquel día comprendí que tenía que arrimarme mucho, porque el recuerdo de mi padre se imponía en la Plaza. Pude triunfar y no te puedes ni imaginar mi alegría. ¡Triunfar donde había triunfado mi padre... Juan Belmonte!
—¿Y el peor recuerdo que conservas de tu temporada por América?

—Cuando debuté en Bogotá. Aquella tarde no pude matar mis toros, pues en el primero sentía que me ahogaba y caí desvanecido en el ruedo. Es que Bogotá —aclara— está a 2.400 metros de altitud, y para nosotros, que llegábamos de España, era más que imposible el poder respirar a aquellas alturas.

—¿Hay mucha afición a los toros por América?

—Ya lo creo. Hay tanta afición como en España... La verdad es que la afición a los toros en tierras americanas es enorme.

—¿Buenas ganaderías?

—Sí; hay muy buenas ganaderías. En Lima se lidian toros que, por su tamaño y respeto, no se ven en nuestros ruedos. La ganadería que posee don Víctor Montero es una de las más acreditadas. En Colombia, los toros son más pequeños, pero son muy bravos y tienen mucho nervio.

—¿Y los aficionados, pagan mucho dinero por presenciar las corridas?

—Los toros están más

caros que en España. Por ejemplo, en Lima, una barrera cuesta unos 88 soles, que vienen a ser en nuestro dinero unas 176 pesetas.

El capitán del *Monte Albertia* —hombre acostumbrado a cambiar de rumbos— terció en la charla.

—¿Quieres contarnos alguna anécdota, Juanito?

Belmonte, hijo, tuvo una sonrisa ancha.

—Recuerdo que un día, en Lima, me presentaron a un escritor que tenía la pretensión de que yo patrocinase la edición de su última obra y que, según él, era superior a la «Divina Comedia» y a todo lo que se había escrito hasta la fecha. Me propuso que, a cambio de que yo le editase su obra, él me daría cuatrocientos ejemplares para vender. Durante muchos días me estuvo asediando, y tanto y tanto me habló, que casi accedí a sus pretensiones. Tentado estuve de editársela, pero antes la leí y...

—Que no te atrevistes, ¿verdad, Juanito?

—Eso es... No la edité. Me parecía demasiado buena para dejar en ella unas pesetas.

**

El *Monte Albertia* había anclado ya en la ría bilbaína. A bordo, una multitud de marineros, de carabineros y pasajeros corrían de proa a popa. Chirriaban las grúas. Y se repetían las órdenes. Por la pasarela, tendida a estribor

del buque al muelle, subía la madre de Juanito Belmonte. Un abrazo muy fuerte les unió durante largo rato. Pude aun un momento, distraer a Juanito Belmonte.

—¿Volverás la próxima temporada a América?

—Sí... Pienso volver. Antes de regresar a España firmé los contratos de la próxima temporada.

—¿Y aquí?

—No es seguro...

No llegué a escuchar sus últimas palabras, porque Juanito Belmonte fué arrebatado de nuevo por su madre.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Juanito Belmonte y don Javier Aznar, que ha hecho con él el viaje



Ya está en el muelle. Ahora, el adiós al barco. (Fots. Elorza)

RETORNO A LA VERDAD

La espadita de madera



Por JOSE CARLOS DE LUNA

PERO... ¿va en serio eso de los estoques de palo?

De verdad que no podemos creerlo. Hasta los niños, cuando los niños jugaban al toro, los despreciaban por ridículos. ¿Una espada de madera? ¡No! Ni siquiera forrada de papel de plata podían aceptar los que ya sentían en los diminutos cuerpos la comeción de la hembra. ¡No faltaba otra cosa! Hasta para jugar a la fiesta se requerían cuernos de cincueño y estoque de hierro. Y para este fin se apelaba a recursos insospechados: el rabo de una sartén hatera, un pedazo de astilla... cualquier cosa que pesara antes que la femení espadita. Esto era entonces que hasta jugando se mantenía el ritual de las corridas de verdad sin desvirtuarle sus virtudes apartencias.

Hemos visto en contadas ocasiones usar la espada de madera a algún torero convaliente de dislocaciones o fracturas; y era cosa disculpable y hasta plausible, pues suponía un deseo anticipado de actuar cara a la afición y al público que le pagaba. Pero el uso de tal fofioz por aligerar el peso de los trastos en aras de la danza, casi nos avergüenza comentar.

Si el *estilismo* se salió de quicio, dividamos las corridas en dos grupos o clases: las de toros y las de toreros. Así, ni el público se llamará a engaño ni el aficionado a ambas exigirá en unas lo que no es posible en otras. ¡Y todos tan contentos!

Con tal determinación progresaríamos, indiscutiblemente; perduraría la emoción y la recidumbre en las corridas de toros, y en las de toreros se afinarían las estilizaciones hasta hacer posible la danza de los velos ante una arroña agónica y con dos plátanos por pñones.

El arte es compatible con el peligro y el buen estilo se avallora con la emoción; pero interpretar plásticamente la música de cámara vestido de luces y con una espadita de madera... Vea el camino que desembocará en la muleta de gasa.

¿Es nuestra repulsa ganas de chincar por gusto?

Seguro que no lo creará así el buen aficionado, ni el matador consciente de su oficio.

Desmenuemos a la ligera lo que es y para qué es la faena de muleta, y adviendo que el estoque, durante ella, no sirve sino para empujarle el pico alargando el radio del engaño, húsiga que sea de acero o de alféñique, y bien podría sustituirse por uno de madera forrado de papel de chocoletines para conservar los honitos destellos del sol. Pero se da el caso peregrino de que la faena de muleta —mejor mientras más artística— tiende a la necesidad de igualar al toro para hacer posible el volapié, fijo ya en el engaño que le ahorró y con el que al diestro le marcará la salida del embroque para no partirse el pecho contra el *pitón de la muerte*. En ese momento crítico e imprevisto, de manera cronométrica, deja el estoque de ser ayuda para convertirse en arma. Y en ese momento crítico, el torero que se ayudó con la espada de palo, tendrá que correr en busca de su mozo —llamémosle auxiliar— para el cambio por el de acero, y volver presuroso a enfrentarse con su enemigo, que le esperará o no de esperará, mientras no se empareje la educación a la casta, y que siempre, aunque permanezca igualado, al quitarse de delante la muleta, en la que dejó embeberse, ya habrá fijado su atención en otras cosas, porque no la vincula en el pedazo de franela roja que buró su furia y sus instintos.

No habíamos siquiera del toro nervioso e inquieto, cuyas momentáneas agudías hay que aprovecharlas sin perder un segundo en dolidarse.

Mientras las corridas de toros se sustentan, más o menos funambullescamente, en los tradicionales pilares que las consagraron fiesta nacional, porque es de genio, arte y hombría, la espadita de madera es una menfatez inadecuada e insultante. Y si llega el momento —todo es posible— de vincularlas en la estructura interpretativa de una sinfonía coreográfica-camperta sutil y estilizada, entonces, sobre hasta la espadita de juguete. Artífices tiene la mecánica que, aplicadas al palillo de la muleta y mediante simple resorte, puedan empujarla o estirarla, a modo de *matasuegras*; que al toro lo remataría cualquier especialista en pequeños y modernos medios de destrucción, al cobijo siempre de una absoluta y pñusible impunidad, mientras el diestro recoge las manifestaciones espasmódicas de una multitud electricada, y luego, las patas, el rabo, las orejas y el desprecio de la pobre res despanzurrada.

Mientras llega ese venturoso día, maestro, aunque usted se muleta de franela y el estoque de acero. Justifique, con los trastos de verdad su categoría de matador de toros y el guarismo que campea en sus contratos.

EL VIERNES EN ANTEQUERA

Toros de PEREZ DE LA CONCHA

ALVARO DÓMECQ,
ARRUZA, ANDALUZ Y ALBAICIN



Domecq, al frente de las cuadrillas, al hacer el paseillo

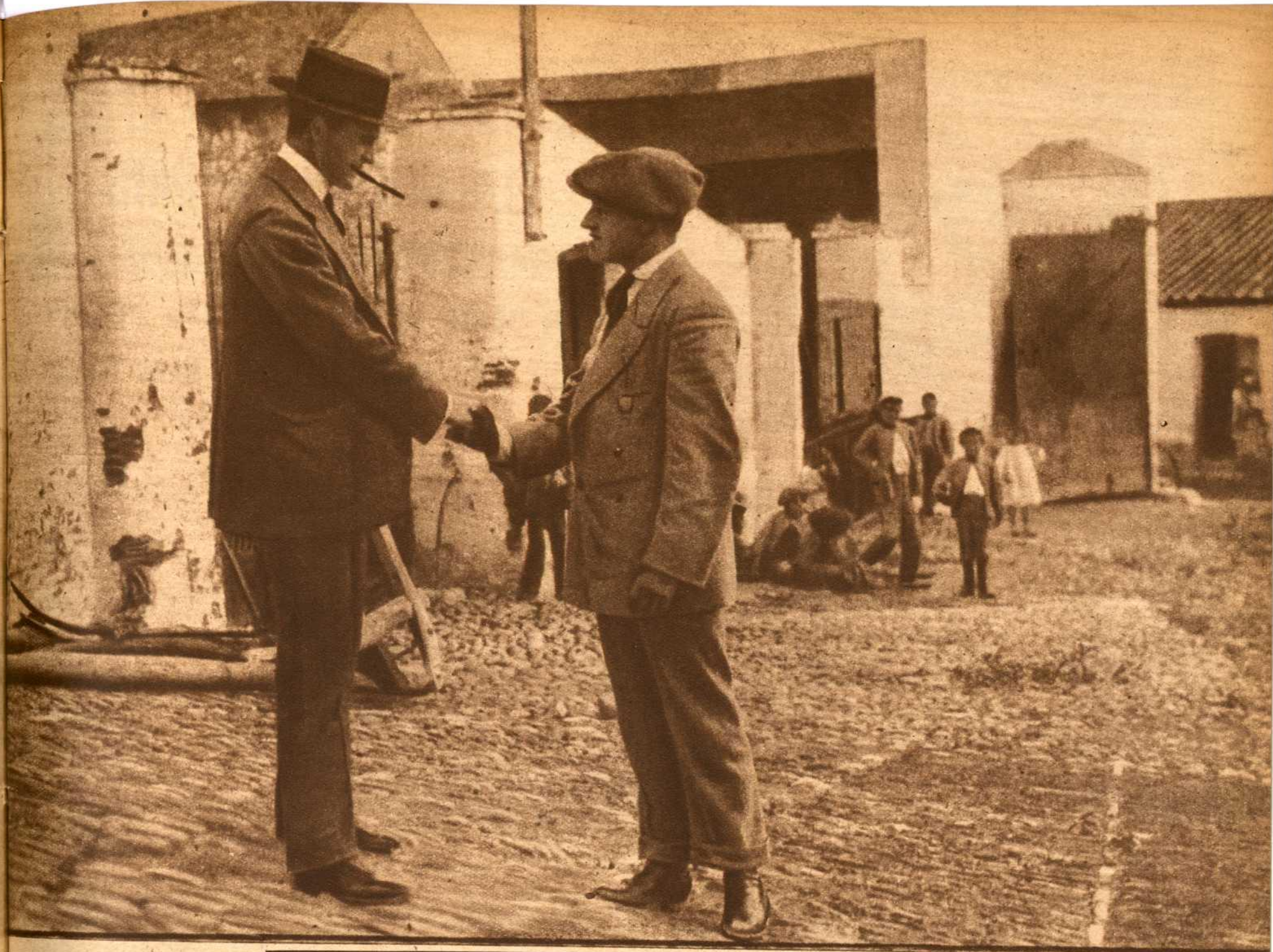


El rejoneador jerezano en el momento de clavar un par cerrado en tablas



Arruza, adornándose de rodillas, coge un pitón al toro. Abajo: El Andaluz en un pase estatuario. (Fots. Guerrero)





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CASI UNA ALTERNATIVA

ENTONCES, el que más tarde había de ser el coloso de Triana, estaba aun riñendo, por las Plazas de España, con los novillos. Pero ya empezaba a ser Juan Belmonte, y en las peñas taurinas ya se habían echado más de una vez las manos a la cabeza al hablar de cómo toreaba aquel chiquillo desgarbado. Ya empezaba a pisar por el camino que le había de llevar no mucho más tarde a sentarse en uno de los tronos de la tauromaquia.

Por eso empezaba a alternar con las figuras en las tientas y cruzaba su salud con ellos y hasta echaba su parrafadita balbuciente.

Ahí está, si no, junto al fenómeno de aquellos días: Ricardo Torres, Bombita. Se han cruzado en un cortijo andaluz, al que quizá han ido con ánimo de elegir una corrida. Y Belmonte se ha

acercado a saludar al maestro y al mismo tiempo a ver de cerca lo que se puede ser cuando se llega. Medido en su desgarbado traje de almacén de ropa hecha, con la gorrilla del «maleta» ladeada, tapando la coleta, mira fijamente, sin perder detalle, hacia la elegante

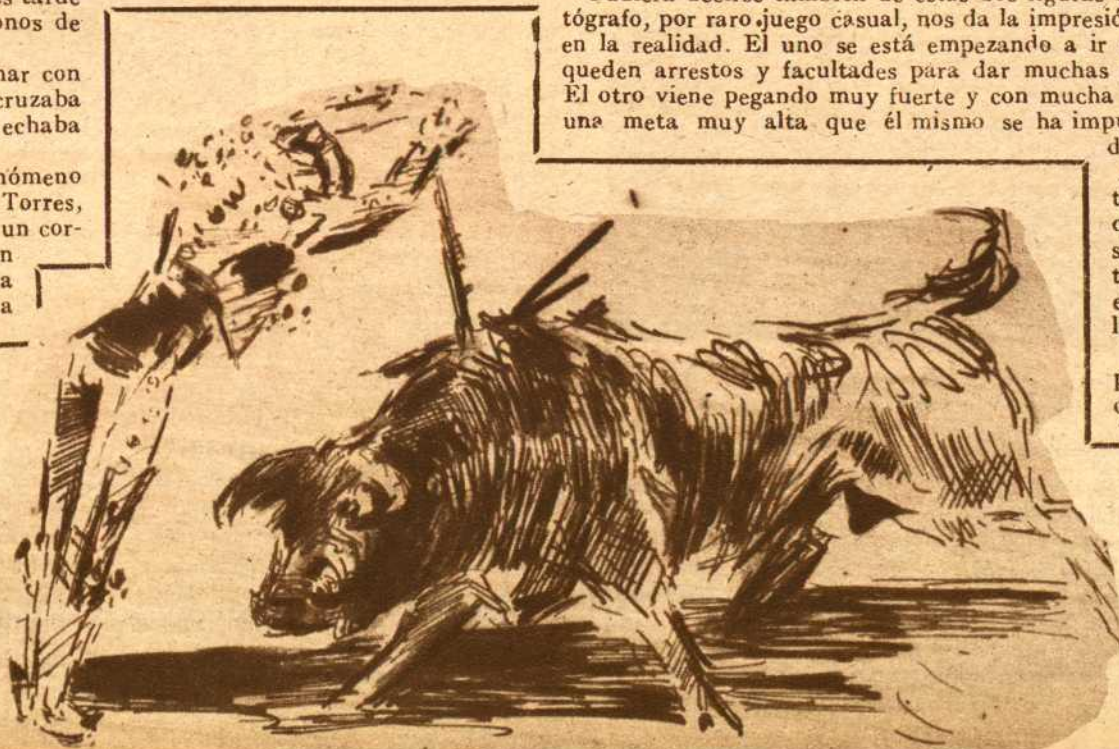
figura de Bombita. Y mientras trabajosamente da su parte en el diálogo, ni pestañea. Y anota en su imaginación el largo veguero, el pequeño cordobés y el corte distinguido del traje del matador.

Y eso lo quiere él tener, y como puede, no tardará en demostrárselo a la afición entera e incluso a su interlocutor.

Pudiera decirse también de estas dos figuras que en esta fotografía el fotógrafo, por raro juego casual, nos da la impresión de un relevo. Y así es casi en la realidad. El uno se está empezando a ir de los toros, aunque aun le queden arrestos y facultades para dar muchas tardes de gloria a la fiesta. El otro viene pegando muy fuerte y con mucha velocidad. Va lanzado hacia una meta muy alta que él mismo se ha impuesto. Va derecho a ser uno de los «mandones».

Por eso este clisé antiguo tiene algo ya de alternativa que, al fin y al cabo, no es sino un anticipo al relevo. Un traspaso de armas, para que el más joven continúe la lucha.

Bien tranquilo y orgulloso puede estar en este caso Ricardo Torres. Nadie mejor que el trianero para sucederle en un puesto de tanta responsabilidad. Sus normas no destruyen, mejoran lo que se conoce y descubren nuevas facetas que nadie pudo creer entonces que existían.





Don Manuel con Pepe y el benjamín de la dinastía Bienvenida, Juanito, salen a recibir a Antonio a la estación

ANTONIO BIENVENIDA LLEGÓ EL LUNES A MADRID

"La pelea fué fuerte, pero noble"
"Allí hay que jugárselo todo desde el primer minuto"



EL lunes por la mañana llegó Antonio Bienvenida a Madrid. Por la tarde vino a visitarnos. Y se excusaba por no haber venido antes. No le habían dejado sus amistades. Enterados de su llegada fueron muchos los que se llegaron a su domicilio desosos de darle el primer abrazo.

Antonio nos saluda con su cordial sonrisa de siempre, y el

abrazo del torero llegado de América es, también como siempre, sincero.

Muchas emociones en las primeras horas. Su llegada a Madrid ha estado cuajada de agradables sensaciones.

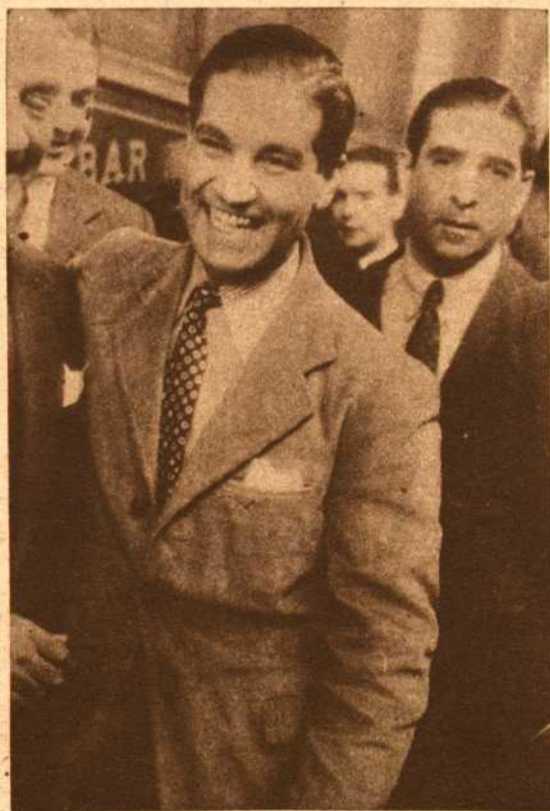
EL COMPORTAMIENTO DE LOS DIESTROS MEJICANOS

Después de contarnos algunas impresiones particulares de su viaje, deriva la charla al tema de sus actuaciones en Méjico, y en primer lugar hace un encendido elogio de la actitud seguida por los toreros mejicanos. No se trata aquí de corresponder a las atenciones que los diestros mejicanos han tenido con sus colegas españoles; no se intenta encontrar la fórmula correcta de saldar una deuda de gratitud. Se ha de decir, llana y simplemente, la verdad, y la verdad es que los toreros mejicanos se han excedido en el cumplimiento del deber que el compañerismo impone. Cuando se hable de fraternidad hispanoamericana, habrá que recordar el proceder que para con los toreros españoles han observado sus colegas mejicanos en la temporada 1944-1945. Antonio Bienvenida nos habla de esto con alegría y asegura que el recibimiento que se les hizo y las atenciones que durante su estancia tuvieron con



La llegada a casa y el recibimiento de la madre. He aquí ese abrazo fuerte que ha esperado siete meses para realizarse

viste de luces sabe que no puede salir al ruedo a hurtar la actuación discreta en espera de que coyunturas favorables le acerquen al triunfo. Desde el primer momento, sin regateos, hay que jugarse la vida y el prestigio a cada paso. El público mejicano tiene temperamento mucho más fogoso que el español. Es muy impresionable y con facilidad se entusiasma o se enfada. Hay, pues, que dar cuanto se tiene desde el primer momento y, cuando es posible, forzar la máquina. Y hay que hacerlo así porque el ganado mejicano, grande y gordo, se aploma con



Mucha alegría en la cara. Y no es para menos. Antonio está en España de nuevo

ellos excedió a cuanto podían esperar. Y era mucho lo que los españoles aguardaban. No quería Antonio dar por terminado este tema de su charla. Cita y cita casos que demuestran la caballerosidad de los diestros mejicanos y fluyen abundantes de sus labios las frases elogiosas. Conste, pues, puesto que es cierto, que todos los toreros españoles han sido magníficamente acogidos por los diestros mejicanos, que han tenido marcado interés en demostrar que para ellos todos los españoles merecían las mismas consideraciones que los diestros indígenas.



Antoñito hace entrega a su padre de la primera oreja que cortó en Méjico. Se la había prometido por cable y viene montada sobre un abanico de plata

facilidad y llega al último tercio, en general, en no muy buenas condiciones para lograr el lucimiento deseado. Pueden compararse los toros mejicanos a los del campo de Salamanca; pero tienen el inconveniente de que, como queda dicho, llegan aplomados al último tercio.

Todos los toreros españoles que fueron a Méjico han sostenido tesonosamente noble pelea con los mejicanos. Han alcanzado éxitos resonantes y han hecho ver cuál es la calidad de nuestros lidiadores. Diecisiete corridas ha toreado Antonio Bienvenida en Méjico y aun contrató tres más que fueron suspendidas por distintas causas.

COMPETENCIA DURA, PERO NOBLE

En los ruedos, como ocurre en España, la pelea fué dura. Hay grandes toreros allí y los españoles habían de ganar los éxitos en competencia leal y abierta. Cada vez que un lidiador se

SU CAMPAÑA EN MEJICO FUE TRIUNFAL ARTISTICAMENTE CONSIDERADA, Y PROVECHOSA EN EL ASPECTO ECONOMICO

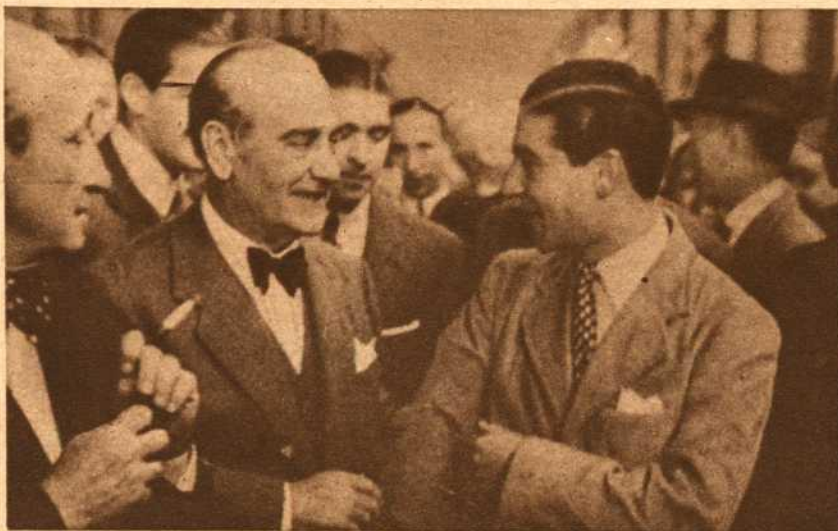
"Yo, que estoy tan castigado por los toros, por una vez he tenido suerte y vuelvo a España más fuerte que nunca"



La hija de Pepe, de la que es padrino Antonio, también está a la llegada del torero. Y aunque todavía no se conocían, al parecer hacen muy buena «migas»

EL PREMIO POR LA «TARDE MAS COMPLETA»

Prueba que Antonio Bienvenida logró actuaciones excepcionales en la Plaza de «El Toreo» la concesión del trofeo a «la tarde más completa» concedido a Antonio Mejías. El pergamino que justifica la concesión de este premio lleva las firmas de los cinco críticos taurinos más prestigiosos y dice así: «III Gran fiesta de la temporada taurina 1944-1945. Radio Mil otorga al señor Antonio Mejías Bienvenida el trofeo por la Tarde más completa en la Plaza de Toros «El To-



Aun en la estación, junto al padre, salen a borbotones las preguntas y se mezclan una con otra las respuestas. Hay mucho que decirse y todo se querría decir a un tiempo

mi hijo. La Empresa de Madrid me ha hablado para que Antonio toree tres corridas de toros. Tres, dos o una, que eso es lo mismo, Antonio toreará en Madrid, siempre que lo haga en las condiciones que merece y con arreglo a la categoría que tiene. De lo contrario, yo, que siempre he respetado y querido al público madrileño más que a ningún otro, le aconsejaré que no actúe.



Antonio sonríe y calla. No hace falta que nos hable del respeto y el cariño que le merecen el público madrileño.

Siempre demostró que para él la Plaza de Madrid era la primera del mundo, y porque así la consideró, tuvo interés en actuar en su ruedo cuantas veces le fué posible. Antonio, como sus hermanos, ha toreado, siempre que se lo han propuesto, en la Monumental. Cree que interesa a todo torero basar su fama en la que pueda lograr por sus actuaciones en Madrid. Pero Antonio calla.

Le abrumamos a preguntas, a las que él va costentando un tanto apresuradamente. Es posible que el torero prefiriera hablarnos sobre temas que él mismo eligiera; pero la verdad es que no le damos lugar a otra cosa que a satisfacer nuestra curiosidad.

Por fin, don Manuel Mejías consigue librar a Antonio de nuestras preguntas. Habla Bienvenida padre de lo que era el ambiente taurino en América cuando él actuaba en aquellos ruedos, y salpica el relato con anécdotas interesantes y divertidas. Deriva la charla por temas íntimos. Antonio Bienvenida, todo simpatía y corazón, nos cuenta bellas cosas relacionadas con su último triunfal viaje a América.

Bonito conato, desde luego; pero se me pedía que dejase mi arte, y a eso me negué resueltamente. Un conato nada más. La condición era muy dura y yo no dudé. Mi profesión, mi arte, por encima de todo.

Viene Antonio mucho más fuerte de lo que se fué, más animoso, más puesto y con mayor afición que nunca. A este torero, tan castigado por los toros en España, le han respetado los astados en Méjico. Por una vez, tuyo suerte.

SU REAPARICION EN MADRID

—¿Y ahora?

A nuestra pregunta es don Manuel Mejías quien contesta.

—Ahora, amigo mío, decidiremos. Sería para nosotros cosa fácil explotar por provincias los éxitos conseguidos por Antonio en Méjico. El resultado económico sería seguro; pero me interesa más, mucho más, el prestigio artístico de



Faltaba Civi, el perro, para completar el recibimiento. Junto a Antonio salta, ladra y pugna por subirse a las solapas del amo (Fots. Marí y Manzano)



Amigos, junto con los familiares, han salido a recibirle. Se ha hecho una larga espera en el andén, pero hay que salir alguna vez de allí, que aun esperan en casa

reos», de Méjico. De acuerdo con la votación verificada por los suscritos constituidos en Jurado. Méjico D. F. abril 11 de 1943». El trofeo a la mejor estoada fué concedido a Cagancho.

NO SE CASO POR NO DEJAR SU ARTE

Se nos escapa la pregunta que desde los primeros momentos quisimos hacer:

—¿Es verdad que se va a casar usted en América?

Antonio Mejías sonríe y responde:

—Verdad es que hubo algo de eso. Un conato.

A PUNTA DE CAPOTE

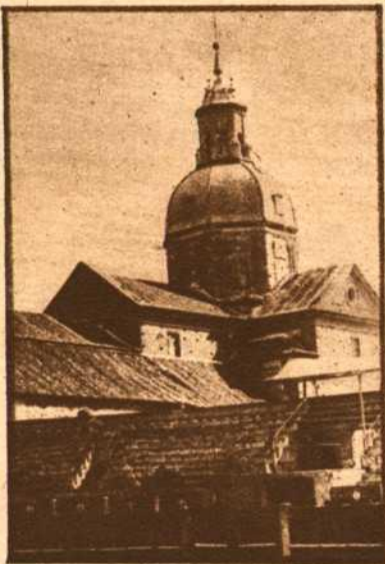
LA PLAZA VACIA

Por FEDERICO OLIVER

EL 10 de marzo de 1921 visité por azar Talavera de la Reina, la ciudad alfarrera de cuya polí-croma y honrada cerámica dice la gran Reina y madre doña María de Molina en «La prudencia en la mujer»:

Vajillas de Talavera
[vera
son limpias y cues-
tan poco.

Y recuerdo con exactitud este 10 de marzo, porque en su vispera fué asesinado don Eduardo Dato en la plaza de la Independencia, de Madrid. La noticia cayó como un rayo entre las cuatro personas que



La Plaza de Talavera, vacía

desayunábamos a las diez de la mañana en el comedor de la fonda. Era tan increíble, que, sin conocernos, trabó en nuestras lenguas el más vivo comentario.

Estábamos en el comedor de la fonda donde Joselito durmió por última vez su sueño de hombre viviente. Y como en los últimos lugares habitados por los muertos un instinto supersticioso nos hace presentir algo de su presencia ilusoria a nuestro lado, nada tiene de particular que la sombra del político diera paso al fantasma resplandeciente del torero. A su mágico conjuro olvidamos la tremenda noticia del día. Uno de los circunstantes, hombre apersonado y docto al parecer en ciencia taurina, empezó a describirnos la trágica jornada como testigo presencial. Pero al ver cuánta era nuestra curiosa atención, interrumpióse y nos propuso:

—Mejor será que vengan ustedes conmigo a la Plaza de Toros, y allí, sobre el terreno, les explicaré lo ocurrido el 16 de mayo en la Plaza de Talavera.

Y fuimos. En el trecho que hay entre la fonda y el campo del Prado, donde está la Plaza, una extraña pesadumbre nublabá a mi despecho la visión de las cosas. Tan pronto aparecía en mi pantalla interior la imagen del político muerto, aguardándome en el trasmundo con un tono de versos de Baudelaire sobre una mesita, como la del infeliz torero tal como le vieron mis ojos la primera vez, fino, espigado, apolíneo, sonriendo en la gloria de sus catorce años, vestido impecablemente de corto y azotando su piedad derecha con una flexible varilla. No diga el lector que son inoportunas estas imágenes cruzadas. Ellas explican mi estado de alma cuando visité la Plaza vacía. Las cosas las vemos con los ojos, pero son y perduran como las recoge la placa sensible del pensamiento.

En un camposanto, al parecer tan lleno y en realidad tan vacío, se entierran cadáveres; pero en una Plaza vacía, en un teatro vacío, en una casa cerrada —imagen perfecta del olvido— se entierran recuerdos que también son cadáveres. Estos fantasmas de las cosas que fueron parece que huyen a nuestro paso, como los buhos de las tinieblas al resplandor de la llama. Es como si buscáramos un hombre y nos topásemos con su esqueleto. Aquella Plaza pueblerina, abandonada, desolada, con las barreras sucias por el

polvo de la arena depositada en ellas por el viento; el contraste —que lastimaba la vista— del azul candente del cielo con la gradería de piedra caliza pespunteada de musgo; las menudas fagartijas que huían vivarachas no sin volver hacia nosotros la esmeralda de sus ojos; aquella solemne cigüeña que volaba en silencio con sus grandes alas en abanico desplegado... Todo aquel prestigio de las cosas mudas y quietas, avaras del misterio de la vida en su recinto, gravitaba sobre nosotros, agrupados en semicírculo frente a una barrera, para oír al evocador a rapsoda del drama con un respeto casi religioso.

Su voz resonaba en las localidades altas con un eco que parecía el asombro de la misma voz al oírse en el silencio. A su conjuro parecíame ver, cerrando los ojos, la multitud heteroclita venida de los cuatro puntos cardinales para gozar de una fiesta que aquella tarde no mereció tal nombre. Aficionados, ganaderos, grullas, chalanes, gitanos, chusma, aperturas, interjecciones, vino, y de pronto, con sorpresa de la sorpresa, un grito de espanto...

Yo no escuchaba con oídos de aficionado, que son inteligencia, la palabra justa que galvanizaba el momento cruel; oía como si viera, con mi sensibilidad en lindes de emoción. Allí donde yo estaba irguióse por última vez sobre la tierra la gentil prestancia del héroe que parecía invulnerable como Aquiles, y que, como Aquiles, cayó abandonado de su Minerva. Le veía a mis pies, sobre la arena, con su vestido grana y oro, tinto en las salpicaduras de sus entrañas, agitarse en un espasmo convulsivo, mientras unos brazos prestos le alzaban y le llevaban a la enfermería, con la sensación de conducir un muerto al ver en su cara la mueca de un dolor absoluto, vuelta a lo azul impenetrable...

No hay dolor como el que nos lacera al contemplar la juventud presa de la muerte. La gesta del soldado de Marathón nos conmueve menos por su sacrificio en aras de la Patria, que por su juventud tronchada con un laurel en la mano. Así Joselito quebraba su vida en el arco iris del aura popular... El pueblo, la masa, siente por el torero caído, a quien mira como un semidiós, una ternura casi femenina. Mariano Benlliure ha expresado esta idea patéticamente en los hombres del pueblo que llevan a cuestas el féretro de Joselito, como si llevaran en él amortajado el propio corazón. Cuando este féretro, llevado por hombres vivos, penetró a duras penas entre la multitud apelmazada en la Alameda de Hércules el día del entierro en Sevilla —me contaba el malogrado García Aguilar—, un silencio repentino y grave, en el que se hubiera oído aletear una mariposa, puso en vilo los corazones. Y entonces, una voz conmovida y conmovedora hendió los aires... ¡¡¡Joseééé!!!

...¡Y estremeció las almas!

EL PLANETA DE LOS TOROS

EL TENDIDO DE LOS SASTRES

Por ANTONIO DIAZ CANABATE



LA primera Plaza de Toros construida en Madrid expresamente para celebrar en ella corridas, se hizo en tiempos del rey Fernando VI, allá por la mitad del siglo XVIII. Estaba muy cerca de la Plaza de Alcalá. No tenía desolladero y los toros se arrastraban por las mulillas desde el ruedo a las inmediaciones de la Plaza, y allí se les desangraba y se hacían las operaciones preliminares del desollamiento. Lo propio ocurría con los caballos muertos. Todo esto era presenciado por multitud de curiosos que no habían podido o no habían querido entrar en la Plaza. A estos espectadores de tales desastres se les llamó los espectadores del tendido de los sastres, suprimiendo, quizá el uso, la sílaba de a la palabra desastres.

El tendido de los sastres perdura en nuestros días, aunque ya todas las Plazas poseen desolladero dentro de su recinto. Los toros y los caballos muertos no llegan al tendido de los sastres. No importa, siempre está lleno. No ven nada de lo que pasa en la corrida, pero lo oyen todo y esto muchas veces es suficiente. El tendido de los sastres está situado en los alrededores de la puerta llamada de caballos, que es por donde entran los toreros. Hace unos domingos engrosé los grupos que constituyen y nutren el tendido de los sastres. Hay que ir temprano, como una hora antes de comenzar la corrida, porque lo que se ve allí ocurre al empezar y al acabar la fiesta. El gran momento del tendido de los sastres es la llegada y la salida de los toreros. Ahora los toreros arriban inopinadamente en un automóvil, como tantos otros de los que conducen público, y los espectadores del tendido de los sastres tienen que estar muy atentos para poder estrechar la mano del matador. Llegados todos los toreros, el tendido de los sastres se calma. La corrida va a comenzar. La tristeza nubla los rostros de los que no la van a ver. Se oye muy bien el toque de clarín, el pasodoble de la salida de las cuadrillas. Sus ecos son puñaladas que se clavan en los que fuera de la Plaza quedan. Pero esta tristeza dura poco. En seguida empiezan los comentarios y las cábalas acerca de quién quedará mejor. Suena una ovación. «¡Lo ves, lo estás viendo —le dice uno a otro en un corrillo—; monudas verónicas le está pegando el Fulanito; como que es el mejor; si torea de capa ese chico como nadie!» «¡Buena, bueno, eso sería menester verlo!» «¡Cómo verlo! ¡Pero no le estás viendo!» «¡Yo no, ni tú tampoco.» «Ni falta que me hace. ¡No oyes las palmas, que echan humo!» «¡Pues entonces!» Tercia otro. «¡Sí, las verónicas han sido buenas; pero ya verá usted en el otro al Mengano.» «¡El Mengano es un adoceno!» «¡El adoceno lo será usted!» Bronca en el tendido de los sastres. Ninguno de los que discuten han visto al Fulanito ni al Mengano. Hablan de ellos de oídas. Terminada la bronca, puramente palabreira, el tendido de los sastres espera tranquilamente los ruidos indicadores de cómo va la corrida. La faena de muleta del primer espada ha comenzado. Los oles lanzados a coro por la multitud a cada pase llegan y mueren en el tendido de los sastres. Sus ocupantes están callados, mustios; ellos perciben y no ven el prodigio. Todo está ocurriendo a unos metros, pero un muro infranqueable impide su contemplación. «¡Infranqueable he dicho? Pues he dicho mal, porque tres chavesas no pueden contenerse y empiezan a escalarlo inverosímilmente, apoyando pies y manos en los minúsculos salientes de los ladrillos. El tendido de los sastres vibra y salen de él oles y exclamaciones de entusiasmo, de asombro, de ánimo. Los intrépidos escaladores ya están próximos a la ventana del primer piso, meta de su peligroso camino. El primero ya ha puesto el pie en ella. En el tendido de los sastres suena una ovación. Mientras tanto, en la Plaza la tempestad de oles está en todo su apogeo. De pronto, un silencio. Luego, un rugido indescriptible. Inmediatamente, una ovación tremenda, frenética. Los expertos del tendido de los sastres dogmatizan. «¡Menuda estocada le ha dado; sin puntilla ha caído el toro.» Vuelven las disputas entre menganistas y fulanistas. «¡Lo está usted viendo, lo ve usted, se convence usted ahora!» En el tendido de los sastres nadie ha visto nada, pero todos se hacen la ilusión de que lo vieron. «¡Qué más da, después de todo! La cuestión es gozarla, y en el tendido de los sastres se goza la corrida igual que en la Plaza, cuando la corrida es buena, y se pasa el rato mucho mejor que en la Plaza cuando la corrida es mala. Porque cuando ello ocurre y al tendido de los sastres llegan los silbidos y las palmas de tango, eco del aburrimento, sus ocupantes juegan al chito o a la raya o a cara y cruz unas monedas de diez céntimos, y se pasa la tarde divinamente.

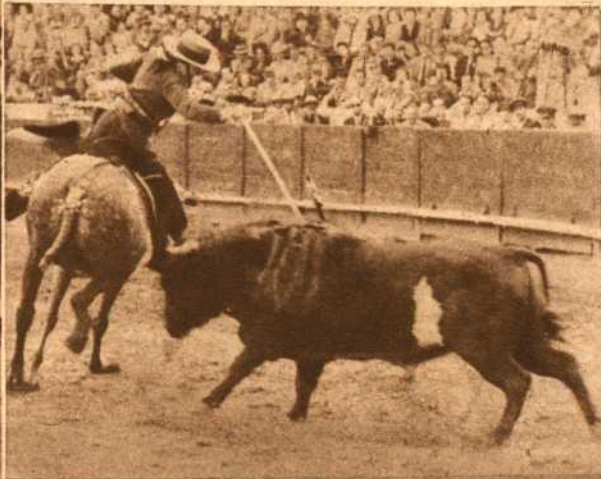


CARTEL DE BARCELONA

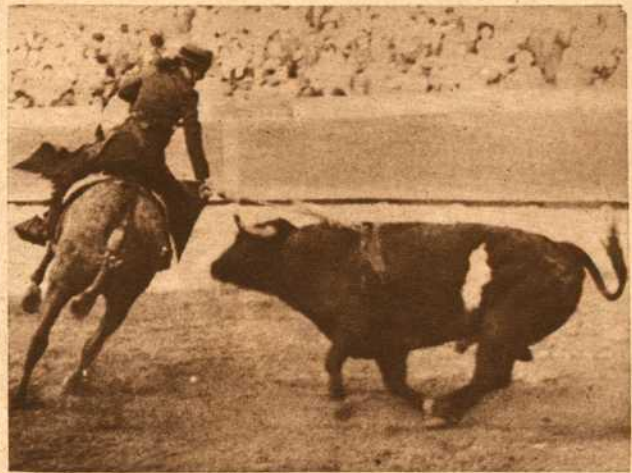
Toros de Cruz para Conchita Cintrón, Pericás, Morenito de Valencia y El Espartero



Conchita Cintrón da la vuelta al ruedo entre ovaciones, después de su lucida actuación



Conchita Cintrón en el momento de clavar un rejón



Conchita Cintrón en el momento de clavar el estoque

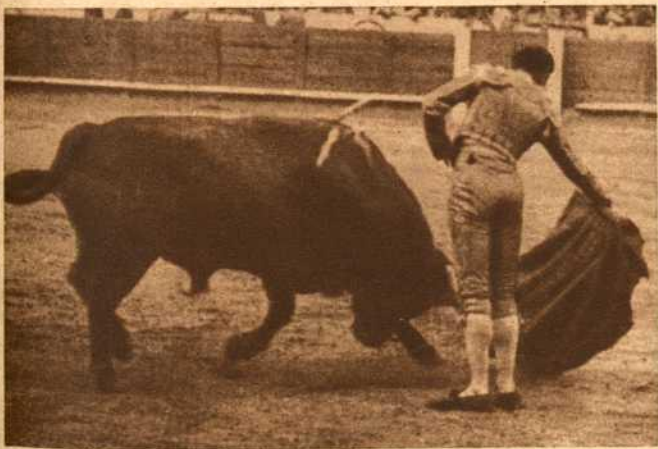
Barcelona, 3. (Crónica de nuestro redactor Subirán). — Otra tarde plúmbea por obra y gracia de la consabida moruchada. Con tres cuartos de entrada dió comienzo la corrida y cuando se lidiaba el último toro apenas había media Plaza poblada. Total: cerca de tres horas de continuo aburrimiento.

Abrió plaza un torazo, para que Conchita Cintrón luciera sus habilidades. Y fué lo único que pudo divertirnos, pues emplazado el manso en tablas, la gentil amazona, a fuerza de consentir y porfiar con sus jacas, pudo colocarle una serie de rejones, un par de banderillas y un rejoncillo de muerte admirables de ejecución y colocación. Quedó el torazo muy entero, pese a lo cual Juanito Tarré se paró en él en varios muletazos soberbios y lo despachó con muchos arrestos, tras un revolcón de muerte. Conchita Cintrón y Tarré dieron unidos la vuelta al ruedo, entre grandes ovaciones, recogiendo la peruana un cargamento de claveles.

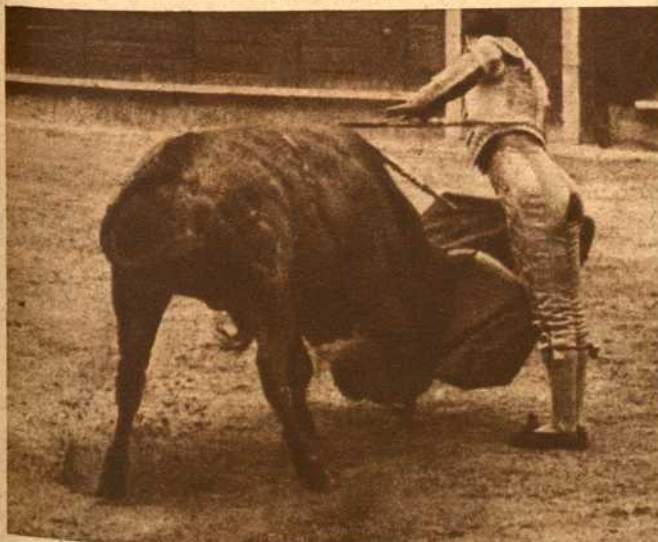
El resumen de la mansada puede condensarse en breve y enérgica protesta. Ni Pericás, torero fino, enterado y de recursos, ni Morenito de Valencia, que sabe lo que lleva entre manos y aquí tiene un gran cartel, tuvieron una tarde lucida. De haber salido algo aceptable por los chiqueros, a estas horas diríamos que la presentación de El Espartero, azteca cien por cien por el color de su epidermis era al mismo tiempo despedida.

Un aviso le dieron a Morenito en su segundo y otro al mejicano en su primero. Pero los dos matadores, en unión de Pericás, salieron de la Plaza sin haber escuchado ni un solo pito, lo cual prueba lo comprensivo y justiciero de los tres cuartos de entrada.

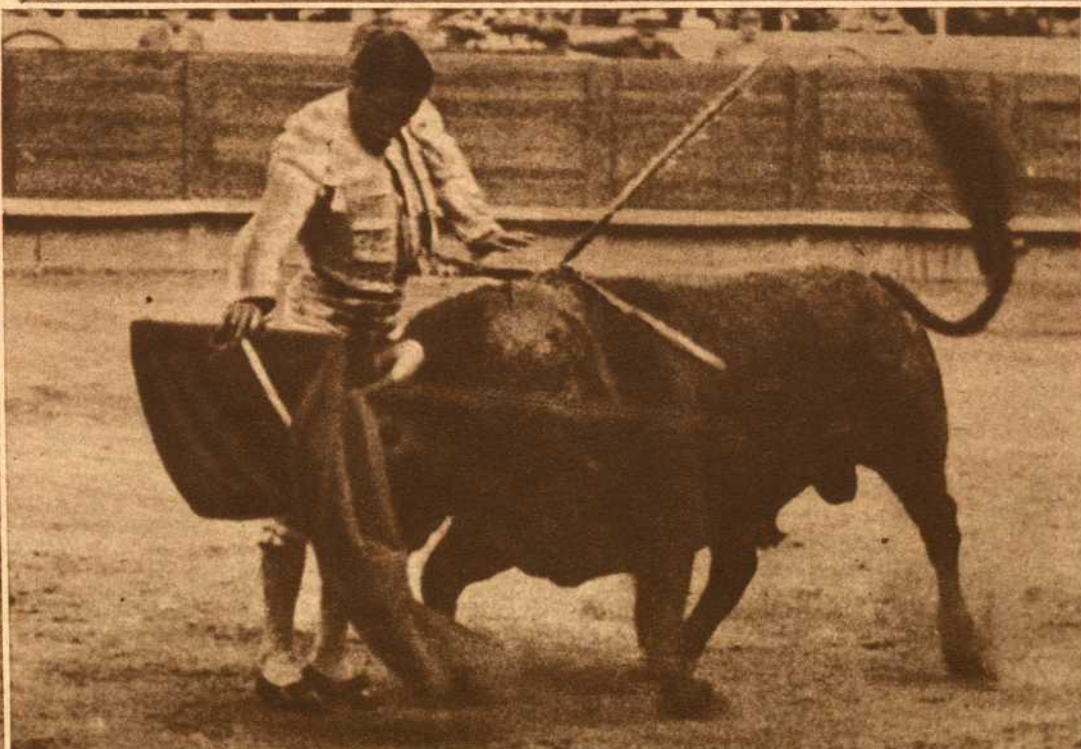
Tal cual muletazo de Pericás, que aprehugó con el lote más soso; algunas pinceladas toreras de Morenito y nada en absoluto del mejicano, que incluso pasó inadvertido en tres pares de banderillas a su primero. Y no nos pareció matador de recursos.



Pericás en un buen muletazo con la detecha a uno de sus toros



Morenito de Valencia al comenzar la faena de muleta de su segundo toro



Espartero pasando de muleta en la corrida del domingo en Barcelona. (Fots. Vallis)



Pepito Fernández, José Nieto, Alfredo Fraile, Freire de Andrade, Manolo Morán y Modesto García, al frente de las cuadrillas, dispuestos a salir al ruedo

FESTIVAL TAURINO A BENEFICIO DEL MONTEPIO DE EMPLEADOS DE LA INDUSTRIA ELECTRICA



El aficionado Modesto García iniciando un estupendo pase ayudado por alto



Alfredo Fraile toreando al natural como cualquier as de la tauromaquia profesional



Alfredo Fraile



Freire de Andrade



Freire de Andrade en un ayudado por alto casi estatuario (Fots. Baldomero y Mari)



Pepe Nieto entrando a matar a su becerro. Abajo: La presidencia del festival



Manolo Morán



Pepe Nieto





Una caída al descubierto, por J. Baena

Las Grandes Figuras



**CARLOS
ARRUZA**

dice

*El Fundador para mí
es ya un viejo amigo
porque en México
es tan conocido y este-
mado como en España*

Carlos Arruza

“El Fundador, para mí,
es ya un viejo amigo
porque en México es tan
conocido y estimado
en España.”

Carlos Arruza.

PARA CALIDAD

DOMECO

